



05

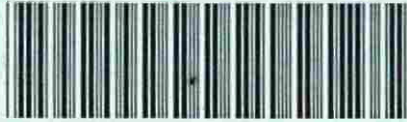
324

COMPTON
MEMBER OF THE
COMPTON GROUP



BX4705
G6
G6

10492



1020000504



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

\$100.00

1111. Quilob, para alumnos suplemento a las conferencias del siglo XX. Capilla Hon, 19 de Mayo de 1901.



104924



BREVE NOTICIA

de los últimos días.

FUNERAL Y EXEQUIAS

DEL ILLMO. SR. OBISPO DE MICHOACAN

D. D. Juan Cayetano Gómez de Portugal.
Tio del Illmo Sr. Dr. J. ep^o
del mismo apellido
PUBLICADA

por disposicion del Mo. Yltre. y V. Sr.

Dean y Cabildo.



FORMA
SERVANDO DICHOS ORDENES



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



1958

BX 4705

46

46



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

—11—

Arzobispo B. Guerrero

BREVE NOTICIA

DE LOS ULTIMOS DIAS.

FUNERAL Y EXEQUIAS

del

ILLMO. SR.

D. JUAN CAYETANO GÓMEZ DE PORTUGAL.

Desde que ESTE ILUSTRE PRELADO se presentó en las puertas de Morelia para comenzar á regir esta vasta Diócesis, que la Providencia divina se habia dignado poner bajo su cuidado pastoral, un sentimiento se apoderó dulcemente de todos los que presenciamos aquel acto solemne, el de que la grei tendria pastor para mui largo tiempo: ¡tal era el aspecto de vigor y robustez con que se presentaba en su Iglesia el nuevo Pontífice! Nació de aquí aquel firmísimo apego de todos los fieles á la vida de su pastor, y una cierta confianza que parecia resistir á las ideas fúnebres de

la muerte. Hai hombres que parece no deberian morir jamas, y cuya pérdida está colocada para los pueblos en la misteriosa categoría de las expiaciones y de los mas costosos sacrificios. De este número fué el varon insigne de gloriosa y respetable memoria, que llora hoy la Santa Iglesia de Michoacan.

Despues de diez y nueve años de un episcopado laborioso, en que todo contribuyó á acrisolar las virtudes del **ILLMO. SR. PORTUGAL**, en que este pastor habia perdido poco á poco sus fuerzas entre las tribulaciones de la vida social y el incesante afan de sus tareas apostólicas, en que una enfermedad crudelísima nos estuvo alarmando á todos con ciertos periodos de suma gravedad, la salud del Venerable Prelado tocó á los términos de una verdadera crisis, en que el concepto de cuantos le veian y sus mismos presentimientos, que se anticipaban á la opinion de los facultativos, denunciaban una próxima y casi ya inevitable muerte. Fué pues llegado el caso de consagrarle aquellos graves cuidados que en estos lances prescribe la religion, tanto mas urgentes cuanto es mas rápido el progreso del mal, y mas delicada la conciencia del paciente.

Por un efecto de la bondad divina **EL ILLMO. SR. PORTUGAL** sostuvo constantemente una duda que honrará siempre su cara y venerable memoria; porque no se sabia si los grandes bienes que de continuo derramaba en su Diócesis, ya por el zelo y vigilancia con que á todo atendia, ya por la tierna solicitud con que acudia en sus penas á la humanidad atribulada con una liberalidad mui digna del episcopado católico, ya con las útiles reformas que sin cesar hacia en todos los establecimientos de enseñanza y educacion, se debian referir mas bien á las eminentes dotes naturales de su alma, ó á las incomparables y siempre

sostenidas virtudes de su corazon. Pero se sabe mui bien, que estos recursos consoladores de la santa Iglesia son mas solicitados á medida que las almas han hecho mayores progresos en la perfeccion, y se comprenderá por lo mismo fácilmente aquella incesante solicitud con que el **ILLMO. PRELADO** pedia los remedios y las santas provisiones del alma en los momentos en que ya no podia esperar, ni esperaba sino por obediencia, en el éxito de los recursos empleados para que recobrarla la salud, ó prolongar siquiera el término de su preciosa vida.

Obediente pues, ménos á los instintos de su propia conservacion que á las santas inspiraciones de su piedad, desde la mañana del dia 23 de Marzo de 1850 en que se sintió ya notablemente decaido de sus fuerzas y con síntomas de gravedad mui alarmantes, dispuso que en aquella misma mañana, previa consulta del facultativo, para que se guardase el debido respeto al Santísimo Sacramento, y no se incomodasen por solo el deseo de S. S. Illma. ningunas personas, se le administrara el sagrado Viático.

De acuerdo con el Médico se resolvió lo mismo que el Illmo. Sr. Obispo deseaba, dándose al efecto el correspondiente aviso al Sr. Dean de esta Santa Iglesia para que dispusiese lo conveniente al propósito. En consecuencia S. S. sin demora citó á Cabildo extraordinario, quien se reunió inmediatamente ántes de la hora de sexta, acordando todo lo conducente, á fin de que el acto sagrado se verificase á las once del dia. Nombráronse al efecto dos padres capellanes de coro, para que convidasen á las autoridades, prelados y corporaciones; se distribuyeron convides á los particulares, y por último, el Sr. Chantre en lo relativo á la capilla, el Sr. Tesorero en lo que pertenece al servicio y preparacion de todo lo necesario en

la Iglesia, y el Sr. Provisor en lo de su resorte, dictaron las providencias conducentes.

Entretanto el Palacio Episcopal se preparó con la mayor decencia, entapizándose desde la puerta de la calle hasta la cama de S. S. Illma. todo el tránsito que habia de hacer su Divina Magestad, y se adornaron las calles por donde habia de pasar la procesion.

A las diez y media de la mañana se hizo seña en la Catedral, dándose quince golpes con la campana mayor, terminados con un repique á vuelo, y se repitió lo mismo á los tres cuartos, y poco ántes de las once, todo á fin de dar á este acto respetable y divino toda la pompa que demandaban al mismo tiempo la alta dignidad del paciente, la magestad de la religion y la edificacion del pueblo.

El viático de un Obispo ha sido siempre uno de los actos mas solemnes y augustos de la religion: su pompa en los países católicos, y muy principalmente en la nacion mejicana, siempre ha tocado á la mas alta magnificencia, y es de suponerse que cuanto de mas respetable y de mas ilustre presentaba esta Capital así en el estado civil como en el religioso, concurrió á dar á esta ceremonia sagrada un esplendor y una grandeza de primer orden. Todo parecia dispuesto con mucha anticipacion, y el esmero y cultura que siempre ha distinguido á los morelianos para celebrar las grandes solemnidades de la Iglesia, parecian entónces haberse excedido á sí mismos. Salió la procesion de la Catedral á las once de la mañana, formando en ella contraste el profundo recogimiento de todo el religioso concurso con los repiques á vuelo y los conciertos sagrados que anunciaban el tránsito del Dios vivo. Los cuerpos respetables de la Iglesia, las personas

mas caracterizadas del Estado, todo lo mas distinguido de este vecindario, incorporado bajo las masas del M. I. Ayuntamiento, los colegios Seminario, San Nicolas de Hidalgo y el de Infantes, constituian el fondo de la augusta comitiva: al cabo de ella se dejaba ver la primera Dignidad del Coro de esta Santa Iglesia, el Sr. Dean Doctor D. Joaquin Mariano Moreno, portando en sus manos la sagrada Eucaristía. Inmediatamente detras del palio, venia la magnífica estufa de primera clase, que entónces se estrenó, y por último, un concurso inmenso de paeble cercaba por todas partes á la procesion.

Todo el tiempo que duró esta en la calle se repicaba en los templos de la ciudad, y á estos repiques sucedió la plegaria de costumbre en la Catedral cuando el Santísimo entró á las puertas de Palacio. Edificante á la par que tierno, doloroso y al mismo tiempo respetable fué para todos aquel acto sagrado. Pero lo que hai de característico, lo que debe referirse aquí es el movimiento de los afectos hácia la persona del Illmo. Sr. Portugal. Era singular por cierto la consternacion, la inquietud, la alarma, la impaciente agitacion que se manifestaba en los habitantes de esta noble ciudad, sobre todo en aquellos á quienes una caridad constante habia estrechado mas íntimamente con un pastor tan liberal, tan humano y tan benéfico. ¡Ah! la familia inmensa de Jesucristo, las viudas, los huérfanos, los ancianos inútiles y achacosos, los miserables á quienes falta el pan, el infortunio en sus tristes ramificaciones, la doliente humanidad, los desgraciados en fin, al anunciarse con toda la magestad del cristianismo la visita de Jesucristo al Pontífice de esta Santa Iglesia, cual si hubiesen escuchado los últimos adioses pronunciados á sus esperanzas, vieron aparecer una verdadera crisis, que ponía en

riesgo el único elemento de subsistencia con que contaban, á la par que mui profundamente conmovia su ternura filial inspirada por reconocimiento.

Entretanto, se aproximaba la hora en que el Señor, penetrando en el modesto albergue de nuestro Prelado, iba á impartirle con el alimento precioso de su cuerpo la sagrada vianda que robustece al hombre para atravesar sin peligro la misteriosa ruta de la eternidad. El Illmo. Sr. Obispo se habia hecho admirar de continuo por su grandeza de alma, y atraia irresistiblemente las respetuosas miradas hácia su persona, revestida siempre de la expresion augusta de la fe; mas en aquel acto, cuando en una protesta santa iba, digámoslo así, á recapitular sus recuerdos, sus sentimientos y su creencia, en aquel acto en que el hombre dice una palabra, mas una palabra profunda y altamente significativa, á Dios, á su prójimo y á sí mismo, para disponerse al juicio en que han de ser pesadas todas sus acciones en la balanza de la eternidad, en ese acto, repetimos, el Pontífice de esta Iglesia se mostró mas grande que nunca. Manifestábanse en el reposado y digno continente de su persona el silencio de los enemigos del alma, la presencia de Dios y la paz de una conciencia pura. Bien conocimos los concurrentes, que en aquel instante supremo la religion poseia exclusivamente todo su ser. Mostrábase en su fisonomía, tierna y gravemente animada, el Pontífice y el Pastor en inmediato contacto con Dios y con su grei: él mismo leyó la protesta de la fe, como si quisiese dirigir la última alocucion á su pueblo, anunciando una partida, como Jesucristo en el cenáculo, en la cual debiamos ver nosotros, como los apóstoles entónces, ménos un despedimento que un anuncio, ménos un último adios, que una cita para el cielo.

Concluido el sagrado Viático, tuvo lugar en Palacio una escena de ternura, de amor y edificacion, que arrancó lágrimas á todos: aquel Prelado en cuya grande alma se manifestaba constantemente una alta discreccion, aquel Pontífice que hasta entónces no habia querido pensar en otra cosa que en sus relaciones inmediatas con Dios; cuando ya le tenia en su pecho, cuando habia pasado la santa reciprocidad de las gracias que recibia y que tributaba, cual si bajara sus ojos del cielo para volver una última mirada sobre la tierra, se hizo rodear de su numerosa familia, y con aquella tierna y santa gravedad que le era tan propia, la dió su paternal bendicion en medio de las exhortaciones mas respetables, para que permaneciesen todos en el santo temor de Dios.

Concluida en Catedral la funcion, se reunió de nuevo el V. Cabildo para el nombramiento de comisarios y otros dos sacerdotes que estuviesen prontos en la debida asistencia al Illmo. Prelado, recayendo la eleccion para lo primero en los Señores Canónigo Lic. D. Pelagio A. de Lavastida Promotor Fiscal y Juez de Testamentos, Capellán y Obras pias, y Prebendado Lic. D. José María Arizaga Secretario de Cámara y Gobierno de S. S. Illma., y para lo segundo en los Presbíteros D. Mariano Amescua primer Maestro de ceremonias de esta Santa Iglesia, y D. Mariano Escandon Capellan de Coro.

Ya desde el dia 18 del propio mes, en que se presentó la enfermedad del Illmo. Prelado con síntomas mui alarmantes, los Señores Gobernadores de la Diócesis habian mandado espedir una circular, que salió en el mismo dia, á todas las parroquias del Obispado, participando la gravedad en que se hallaba el Prelado, y disponiendo que á la posible brevedad se celebrase en cada parroquia una

Misa de rogacion, cantada ó rezada, segun se pudiese, por la interesantísima salud de S. S. Illma.; que á las doce y á las oraciones se tocase plegaria en todas las Iglesias, y que despues de la oracion que se estaba dando en las Misas *pro Papa* cuando la fiesta no era de primera ó segunda clase, se añadiese la de la Misa *pro infirmis* por S. S. Illma., usada en singular. No fué por lo mismo necesario dictar otra providencia despues del sagrado Viático, dirigida á interesar la piedad y gratitud de los fieles, para que esforzasen sus súplicas al Todopoderoso en favor de una vida tan preciosa para la Iglesia, para la República y especialmente para la Diócesis. Las comunidades religiosas de ambos sexos, los eclesiásticos, los seculares y hasta los niños, ofrecian á Dios sus votos y oraciones, pidiendo la vida y salud de un Prelado, cuya proteccion habian experimentado millares de veces en toda clase de circunstancias. Fuera de las rogaciones que se hacian diariamente en la Iglesia Catedral, veianse los mas dias celebrar Misas de rogacion en diversos templos, unas veces con solemnidad, otras sin ella, espensadas en sus limosnas ó gastos, unas por los particulares, otras por corporaciones, ó por algun número de personas que se reunian al efecto, y las mas veces sin costo ninguno, porque todo dependia de las personas que intervenian. A veces la sola circunstancia de conservarse aun tan respetable y eminente Prelado durante algunos dias, hacia renacer las esperanzas de un verdadero alivio, y estas esperanzas reanimadas daban un incremento siempre progresivo á los nobles y tiernos impulsos de la piedad conmovida. Cada uno miraba como el primero y mas dulce de sus deberes clamar á Dios por la salud de su Obispo: los fieles prevenian los desos de las autoridades eclesiásticas; y es-

tas procuraban ántes moderar que persuadir tan fervorosas y santas austeridades. ¡Tal era la disposicion de los fieles en favor de su insigne Pastor, y tales las súplicas que se hacian á Dios continuamente para que le conservase la vida!

Entretanto la gravedad, que progresaba incesantemente, sin embargo de algunos alivios fugitivos, que mas parecian treguas concedidas por Dios á la flaqueza humana, retiró de todos nosotros hasta la última esperanza, presentándole á nuestros ojos con todos los caracteres de un moribundo. Administrósele pues la sagrada Extrema-Union por el Presbítero D. Mariano Amescua, su confesor y capellan de mayor confianza: se le aplicaron en seguida la indulgencia del Sr. Benedicto XIV, así como tambien las de todos los órdenes regulares establecidos en esta ciudad, hasta que por fin el *dia 4 de Abril de 1850*, despues de una breve agonía mui pacífica, y asistido de sacerdotes seculares y regulares, que en mui considerable número se habian quedado aquella noche en el Palacio, *falleció S. S. ILLMA., á la una y cincuenta minutos de la mañana*, á los sesenta y seis años, ocho meses y veinte y siete dias de su edad, y á los diez y nueve de su ilustre, grande y respetabilísimo pontificado.

Singular fué la sensacion que esta muerte causó en el ánimo de todos los circunstantes: porque á pesar del sentimiento profundo que debia producir en la naturaleza el fallecimiento de un Obispo tan amado, y con quien nos habian unido á cuantos allí estábamos los vínculos mas estrechos, las mas gratas conexiones, pareció prevalecer sobre el dolor un sobrecogimiento de respeto, de admiracion y de piedad que parecia el homenaje irresistible que atrae la muerte del justo, y las primeras flores que la religion coloca

sobre el sepulcro de los escogidos. Venerando como era debido los arcanos de la eternidad, pudimos entrever, digámoslo así, el esplendor de la gloria por entre las sombras de la muerte. Nuestra memoria pareció recoger momentáneamente tantos y tantos rasgos de alta virtud como habíamos admirado en su vida: nuestra imaginación parecía que, animando aquel cadáver, nos mostraba al ILLMO. SR. PORTUGAL en el curso laborioso de sus tareas apostólicas. Aquellos labios que acababan de cerrarse para siempre, se habían abierto muchas veces ó delante de las turbas para sosegar el ímpetu de las pasiones políticas, ó en el pueblo de los sencillos y pequeños, para evangelizarlos en el nombre de Jesucristo. De ellos se desprendían con harta frecuencia muy sublimes discursos aun en el seno de la conversación privada. Recordábamos que para aquel digno discípulo de los Gerónimos y de los Ambrosios, se disipaban las sombras de la muerte ante las páginas de los libros santos, y el sepulcro perdía sus alarmas ante las angustas y consoladoras promesas de la religión católica. Innumerables veces le habíamos escuchado: una larga carrera de desengaños y dolores le había hecho familiar el pensamiento de la muerte. Experimentaba cierta especie de complacencia en discurrir delante de nosotros sobre este último desenlace de la escena de la vida humana; y no parece sino que había descubierto el antídoto para calmar sus dolencias con solo hablar de la eternidad inspirado por la religión.

Todo correspondió á estos preparativos. Escrito está, que la muerte será como la vida: natural era pues que muriera en el ósculo del Dios de la paz quien había vivido en la constante abnegación, sosteniendo con el heroísmo de la fe la empeñada y tremenda lucha que suscitan contra

ella los enemigos de nuestras almas. La paz interior de la suya progresaba de continuo á medida que se acercaba su muerte. Su semblante era apacible; suave y al mismo tiempo grave era su recogimiento, dulce la expresión de sus miradas, reposada su agonía, edificante y consolador su tránsito á la eternidad. Pagando el tributo debido á la naturaleza consternada, sentimos todos los concurrentes el consuelo que produce la religión con la muerte de los justos.

Entretanto, los Señores Comisionados, atentos á llenar su triste deber, cumpliendo del modo mas exacto con todas las ritualidades prescritas para el caso, mandaron que el cuerpo del ILLMO. SR. PORTUGAL fuese reconocido por el médico. Lo verificó así el Sr. Dr. D. Juan Macousset con todo el esmero, delicadeza y escrupulosidad que podían apetecerse; y habiendo asegurado estar verdaderamente muerto, resolvieron aquellos señores hacer anunciar al público el fallecimiento de su dignísimo Prelado, para que se procediese luego al toque de *Vacante*.

Cerca de las tres de la mañana, después de haberse dado el último toque de agonía, como los anteriores, con quince golpes pausados con la campana mayor y dos ruedas de plegaria, se dió con todas las esquilas un solemne clamor, que correspondido por todos los demás templos, avisó á los vecinos que sus ruegos y oraciones desde aquella hora debían convertirse en sufragios por el descanso eterno del alma de su PASTOR. Comenzó luego á tocarse la *Vacante*, que por antigua costumbre de esta Santa Iglesia es de cien campanadas, y dió principio el luto tan temido de esta inconsolable y numerosa grei.

No es para explicado y descrito, sino mas bien para visto y sentido, el efecto que produjo la triste y dolorosa nueva en todos los habitantes de esta ciudad. Nada es compa-

rable á la consternacion que siente un pueblo cristiano cuando pierde un PASTOR en quien ántes pusiera su esperanza, su consuelo y sus goces. La desaparicion de un Prelado de esta gerarquía se ha visto siempre y con justicia como una especie de calamidad pública: porque al fin la religion, cuyo poder es infinito sobre la naturaleza, comunica siempre al episcopado una paternidad mas fecunda en beneficios, mas pura en afectos, mas gravemente tierna en emociones, mas universalmente expansiva en sentimientos. ¿Qué será pues, cuando á estos títulos radicales, concomitantes de la dignidad, y consiguientes á la elevada mision del episcopado, han venido á juntarse esos reales exquisitos que las cualidades del espíritu, las prendas del corazon, los mas felices atributos del carácter dan á las altas condecoraciones de la Iglesia? Sea dicho en debido tributo al mérito y en honor de la verdad: el ILUSTRE PRELADO que hemos perdido vivió *solo para su grei en el nombre de Dios*. No era pues extraño que la grei consternada recogiera sus dignos sentimientos, para concentrarlos todos en el *Venerable y querido cadáver de su PASTOR*. ¿Qué tiene pues de extraordinario, que todo un pueblo, herido súbitamente por la nueva mas terrible que pudiera conmovérle, saliese de sí mismo, por explicarnos de esta suerte, dando con su luto un espectáculo doloroso á par que el objeto funestísimo que lo habia ocasionado. En el silencio mismo de la noche, y á pesar de que la hora no lo permitía, muchas personas, los pobres principalmente, sin ser parte á contener los movimientos de su dolor, salieron con violencia de sus casas á cerciorarse por sí mismos de un acontecimiento que no atinaban á creer, por haber tenido mui arraigada en su alma la esperanza de que sus ruegos serian atendidos con la prolongacion de la vida

de un padre tan tierno y tan benéfico. Mas cuando la triste realidad vino á producir el completo desengaño, se abandonaron todos al impulso de su dolor. Cada uno veia en la muerte de aquel PRELADO una pérdida personalísima de inapreciable cuantía para sus goces y para sus esperanzas. Era el SR. PORTUGAL apellidado por excelencia *EL PADRE DE LOS POBRES, el apoyo de los huérfanos, el consuelo de la humanidad atribulada*; y bajo este carácter el sentimiento de su muerte, como ántes deciamos, sobrepuja con mucho á los recursos de la palabra. Cada uno podrá figurarse lo que sucederia entónces, porque nadie ignora lo que fué para su rebaño *el solícito y amable PASTOR* que ha perdido la Santa Iglesia de Michoacan. Pero volvamos al asunto.

Dejó mandado el ILLMO. SR. OBISPO, que no se permitiese embalsamar su cadáver, operacion que resistia su pudor humilde hasta en una época en que ya no podia ser árbitro de su cuerpo; mas no por esto prohibió ninguna de las otras solemnidades con que la Santa Iglesia tiene costumbre de honrar el funeral de sus Obispos. Siempre discreto, tenia mucho esmero en separar lo que la humildad podia hacer, tratándose de lo puramente privado y personal, de lo que la modestia no debia impedir en orden á lo que reclaman la razon de estado, el decoro de la Iglesia y la alta dignidad del pontificado. Siendo pues indispensable suplir de algun modo aquella operacion, para que el respetable cadáver pudiera estar expuesto sin inconveniente, por el tiempo asignado, á la expectacion pública, el hábil facultativo apuró los recursos del arte, y ya por este medio facilitó lo que se deseaba, y pudo diferirse hasta el dia 6 el funeral, y arreglarse oportunamente cuanto podia conducir al íntegro

verificativo de los honores y sufragios que se hacen á los *Obispos* durante la exposicion pública de sus cadáveres.

Interin el M. Illtre. y V. Cabildo dictaba las providencias consiguientes á este lamentable suceso, que oficialmente le fué comunicado por los Señores Comisarios, se desocupó el salon principal del Palacio episcopal, donde habia de exponerse á la expectacion pública de los fieles el cadáver de su PASTOR, y celebrarse las misas cantadas y rezadas de *Requiem* prescritas por el ceremonial de los Obispos para estos casos; y se compuso y revistió con esmero y reverencia el cuerpo del ILLMO. PRELADO por personas de su misma familia, segun S. S. Illma. se habia servido indicarlo.

El Sr. Dean, luego que recibió la comunicacion referida, dió sus órdenes para que se suspendiesen los toques de las campanas durante el de la *Vacante*, y mandó citar á Cabildo extraordinario, como lo pedian las circunstancias del caso. Reunidos todos los Señores Capitulares ántes de la hora de tercia, se tomó en consideracion la nota en que los Señores Comisarios comunicaban el funesto acontecimiento, y penetrados SS. SS. del mas profundo pesar, acordaron y dispusieron, entre otras cosas relativas á la vacante, se hiciese el funeral del Illmo. y Exmo. Prelado difunto de la manera mas suntuosa y correspondiente á su elevado mérito, con arreglo al ceremonial de Obispos, Ereccion, usos y costumbres de esta Santa Iglesia. Se designó la mañana del dia 6 para el entierro á la hora acostumbrada. Obsequiando, aunque con dolor, la respetable voluntad del dignísimo Prelado, se mandó abrir un sepulcro decente de piedra frente al altar de los Santos Reyes, y se facultó plenamente á los mismos Señores Comisionados para que dispusiesen, arreglasen y resolviesen todo lo relativo á este funeral.

Estos Señores, se dedicaron sin pérdida de tiempo á

proveer cuanto al objeto conducia, y de acuerdo con los Señores Chantre y Tesorero en lo relativo á sus oficios, expidieron las órdenes correspondientes para que desde luego se manifestase el luto de la Iglesia, y se procediese á la exposicion del venerable cadáver en la forma prevenida, y pusieron las respectivas comunicaciones al Exmo. Sr. Gobernador del Estado, al Exmo. Consejo, al H. Congreso, al Supremo Tribunal de justicia, al Sr. Comandante general, al Sr. Prefecto, al M. I. Ayuntamiento y demas autoridades y corporaciones civiles de la ciudad á quienes debia participarse el fallecimiento del Illmo. Prelado, así como tambien á los Prelados regulares, á los Rectores de colegios y á todas las autoridades eclesiásticas que debian asistir á la solemnidad fúnebre. Dispusieron así mismo se imprimiesen y repartiesen en la capital y fuera de ella las cartas de estilo comunicando la muerte del Prelado y el dia de su funeral; expidieron el edictillo de costumbre citando á todo el V. Clero de la ciudad, á todas las cofradías, terceros órdenes y hermandades piadosas, y excitando á todos á hacer los sufragios que les correspondian; y por último, se dedicaron á recibir las visitas de pésame y á dictar sucesivamente todas las providencias concernientes á la expedicion y arreglo de la funcion fúnebre, continuando en el Palacio su constante asistencia, que habia dado principio inmediatamente despues del Sagrado Viático, hasta concluir los dolorosos oficios de su comision.

Cerca del medio dia se acabó de tocar la *Vacante*, y luego en seguida comenzaron los dobles de la Catedral, acompañados con los de todos los templos y capillas de la ciudad; y desde aquella hora en que se habia concluido ya el fúnebre aparato de la exposicion, se dió entrada libre á toda clase de personas. El Palacio estaba con sus oficinas ce-

rradas, á excepcion de la Secretaría de gobierno, que se dejó entreabierta, por el activo despacho que fué necesario mantener en corriente en este tiempo casi todo el dia, con el objeto de atender á las necesidades que frecuentemente ocurrían con motivo de la invasion de la desastrosa epidemia del *colera morbus*, que en esos dias se propagaba rápidamente por diversos puntos del obispado.

Las colgaduras de luto puestas desde la entrada de la calle hasta la del salon principal indicaban á los concurrentes la direccion que debían de tomar para ver á su difunto Prelado. En la cabecera del salon bajo de un decente dosel de terciopelo morado, adornado con franjas, flecos y borlas de oro, estaba el respetable cadáver ya revestido de los ornamentos sacerdotales y pontificales, colocado sobre un lecho cubierto con rico telliz del mismo color, con mitra preciosa en la cabeza, descansando esta en un cojin de terciopelo morado, abiertos los brazos y puestas las manos sobre otros cogines iguales á una altura proporcionada para que los fieles pudieran besarlas. Tenia colocada sobre el pecho una cruz mediana de ébano con la imagen de N. S. Jesucristo esculpida en ella, á los piés el sombrero con las patriarcales, y un poco adelante el genuflexorio con las insignias pontificales, incensario, agua bendita &c.

En los lados del salon estaban distribuidos cuatro altares con paramentos negros para las misas rezadas, y en el centro el altar principal mas decente para las cantadas. Cerca del cadáver, y sin impedir el acercarse á él, habia seis candeleros con velas gruesas, y cuatro blandones con hachas que ardian á todas horas del dia y de la noche. Dentro del salon, entapizado todo de luto, permanecian de guardia dos familiares eclesiásticos, y en la sala anterior dos empleados de las oficinas.

Desde el momento en que los fieles tuvieron libre entrada hasta el lugar de la exposicion, ninguno se conformaba con ver de léjos el venerable cuerpo de su Prelado; todos se acercaban á tributarle aquellos homenajes que les iba sugiriendo su piedad: y sin embargo de que se estableció un orden fijo para que á proporcion que unos entraban, saliesen otros sin detenerse ni estorbarse, y de haberse conservado este orden con el auxilio de la doble guardia de tropa que franqueó la autoridad respectiva, no llegó á desahogarse el Palacio, ni aun entrada ya la noche: fué preciso cerrar la puerta de la calle por un tiempo considerable para suspender la exposicion, y todavía despues hubo necesidad de estar dejando entrar sucesivamente á várias familias particulares.

En la noche velaron el cadáver, alternándose, las comunidades religiosas de la capital, quienes ocurrieron sin demora y con la mejor disposicion luego que se les citó á desempeñar tan honrosos oficios.

En la mañana siguiente, comenzaron las misas rezadas en los altares laterales. A las seis salió de la Catedral procesionalmente el V. Cabildo con todo el acompañamiento del coro y ministros de la Iglesia hasta el Palacio. Entrando inmediatamente al salon, cantó en el altar principal la primera misa solemne de *Requiem*, en seguida un responso, y se volvió en la misma forma que habia venido. Siguiéron luego las comunidades religiosas, segun sus turnos, cantando las demas misas solemnes, viniendo y volviéndose en procesion, ocupándose al efecto las horas hábiles de este dia y el siguiente.

A la hora señalada para dar principio á la solemnidad del entierro, se habian ya reunido en el Palacio todas las autoridades, corporaciones y particulares que debían for-

mar la procesion. Las calles que esta habia de recorrer se hallaban cuidadosamente aseadas y adornadas, en la mayor parte con colgaduras de duelo. En la primera esquina del Seminario, pasando de la calle del Reloj á la del Estudiante, por fuera de los portales de Hidalgo, Matamoros, Allende y Aldama, y cerca del Sagrario, estaban preparados trenes decentes y con sus correspondientes doseses para las seis posas de costumbre. Pasó el Venerable Cabildo de la Catedral al Palacio con todo el acompañamiento respectivo en forma de riguroso duelo, y habiéndose cantado un solemne responso, se ordenó la procesion fúnebre en la forma siguiente.

Iban delante los pueblos suburbanos colocados segun su antigüedad; seguían las cofradías de la capital, bajo sus insignias y tambien en su orden respectivo; luego el Tercer Orden de San Francisco, el colegio de San Nicolas de Hidalgo y muchas personas particulares y condecoradas: continuaban la procesion las comunidades religiosas de la Merced, el Carmen, San Agustin, San Diego y San Francisco, el clero secular, el colegio de Infantes, el cuerpo de capilla de Catedral, los párrocos, los prelados, todos con luces en la mano, y la cerraba el M. I. y V. Sr. Dean y Cabildo, en cuyo centro se veia el insigne Prelado difunto, objeto de esta pompa fúnebre, colocado en un féretro mui decente, revestido de pontifical y con los brazos cruzados en ademán de abrazar la santa cruz que llevaba en el pecho. Cuatro eclesiásticos familiares portaban las insignias pontificales inmediatamente delante del cadáver, y por detras le acompañaba la Curia Eclesiástica, compuesta de los funcionarios y empleados en el Gobierno Diocesano, Provisorato y Juzgado de Testamentos, llevando delante dos empleados la tapa del féretro. Seguía luego bajo las

mazas del M. I. Ayuntamiento el numeroso cuerpo de duelo, formado de todo el colegio Seminario arrastrando beca, varias personas principales que habian sido familiares de S. S. Illma., una comision del Supremo Tribunal de Justicia del Estado, los Señores Comisionados, incorporados todos con el I. Ayuntamiento, cuyo presidente cerraba toda la corporacion. Marchaba detras en forma de luto la correspondiente tropa, y seguía al fin una brillante estufa enlutada con fino gusto y elegancia en lugar del coche de S. S. Illma. acompañada de otros muchos coches de duelo pertenecientes á familias principales de la ciudad.

En este orden, cargado el cadáver por los mismos Señores Capitulares desde el salon hasta el principio de la escalera, y desde allí hasta colocarse en la tumba por los Religiosos de las espresadas comunidades, alternándose en cada posa, se dirigió la procesion en medio de una numerosísima concurrencia del Palacio al frente de Catedral, por las calles del Reloj y del Estudiante, volvió á la derecha rodeando la plaza de armas por fuera de los portales, siguió por detras de Catedral hasta tomar el lado del cementerio que mira á la plazuela de San Juan de Dios, continuando por fuera del mismo cementerio hasta la puerta principal, cantándose los salmos de costumbre y un solemne responso en cada posa.

Habiendo entrado la procesion á la Catedral por la puerta mayor, se colocó el respetabilísimo cadáver sobre un sumptuoso túmulo que estaba preparado bajo la cúpula. En las cuatro esquinas de la primera grada se pusieron en pié cuatro eclesiásticos con las insignias episcopales, y en los lados las guardias de granaderos. Todas las autoridades, corporaciones y particulares tomaron sus asientos, y en seguida se cantó una solemnísimá vigilia, concluida la cual, salió la

misa, que celebró el Señor Dean Dr. D. Joaquin Mariano Moreno. Inmediatamente despues de la misa, se procedió al oficio de entierro con solemnidad y observancia puntual de todo lo prevenido en el *Ceremonial de Obispos*. La caja en que quedó el cadáver, preparada con oportunidad, era de madera de cedro, forrada de plomo por dentro y de terciopelo negro con adornos de oro por fuera: se soldaron las juntas del plomo, se cerró con llave y se acomodó en un sepulcro de piedra. El secretario del V. Cabildo recogió la llave, el báculo, el pastoral, y demas insignias episcopales, y se fueron retirando los asistentes poseidos del mas profundo pesar.

Luego inmediatamente pasó el V. Cabildo al Palacio á rezar un responso en el salon, y dar el pésame á la familia del Prelado difunto. El M. I. Ayuntamiento y varias autoridades y particulares se presentaron tambien á la misma hora á dar el pésame, recibéndolos y saliéndolos á dejar los Señores Comisarios y los empleados de la Curia. Se continuaron los honores fúnebres por los nueve dias de costumbre, permaneciendo todo este tiempo la Catedral despojada de sus colgaduras, celebrándose en el Sagrario un novenario de misas solemnes de *Requiem*, y tocándose dobles clásicos al tiempo de estas misas, á las doce, á la oracion y despues de completas, al cantarse el solemne responso. Las demas iglesias de la capital celebraron tambien sus sufragos, distinguiéndose la del Carmen, cuya comunidad hizo unas honras muy solemnes á pocos dias del entierro.

Por disposicion del Señor Vicario Capitular se dirigió el dia 9 una circular á las parroquias del Obispado, mandando que dentro de ocho dias de recibida, se celebrase en todas las iglesias foráneas el funeral correspondiente por el Prelado difunto, con misa cantada y responso; recordando á to-

dos los sacerdotes la obligacion de decir cada uno una misa rezada por el alma de S. S. Ilmo. dentro de cuatro dias de recibida la noticia de su muerte, segun el párrafo 8^o, tít. 10, lib. 3^o del tercer Concilio mejicano: y excitando por último la piedad de todos los fieles diocesanos, para que pidiesen á Dios por el descanso eterno del alma del Ilmo. Prelado.

Finalmente, el V. Cabildo, tan luego como el funeral hubo concluido, acordó que se hiciesen con toda la solemnidad posible las honras fúnebres que segun costumbre debian celebrarse á su debido tiempo en el caso presente; y al efecto fijó el mes de Agosto para esta funcion: nombró á los Señores Canónigos, Provisor y Vicario Capitular Lic. D. Clemente Munguía, y Juez de Testamentos y Rector del Seminario Lic. D. Pelagio Antonio de Lavastida para que dijese las oraciones fúnebres castellana y latina; á los Señores Canónigo Lic. D. José Antonio de la Peña y Prebendado Lic. D. José Alejandro Quesada para la formacion de las inscripciones y adornos poéticos de la pira, y proveyó que los mismos Señores Comisarios que habian corrido con el funeral del entierro, dispusiesen cuanto estimaran conveniente para que estas exéquias correspondiesen al decoro de esta Santa Iglesia, no ménos que á la dignidad y relevantes virtudes del Prelado difunto.

Un conjunto de circunstancias embarazosas, que trajo consigo la duracion de la asoladora epidemia del *cólera morbus* en la capital y la mayor parte de los demas lugares de la Diócesis, no permitió que se verificaran las honras fúnebres en el mes de Agosto, sino hasta el de Noviembre, en que ya se pudieron arreglar los preparativos conducentes á la magnificencia que se tuvo empeño en dar á esta triste solemnidad.

Se destinaron para ella los días 11 y 12 del citado mes, anunciándose con un solemnísimo doble en todas las iglesias de la capital á las doce del día 11, y con los convites previos á todas las autoridades, corporaciones, comunidades religiosas, cofradías y personas distinguidas de la ciudad, en los términos que se verificó para el entierro.

Habiéndose adelantado el coro esa tarde, quedó expedita la Catedral para que comenzasen las vísperas de difuntos á las cuatro y media. A esta hora estaba el templo ocupado de una numerosísima y lucida concurrencia y dispuesto en la forma correspondiente á la fúnebre solemnidad que iba á verificarse. Despojado de todos los adornos de gala, magníficamente iluminado y con un magestuoso catafalco, que se elevaba bajo la cúpula mas de cuarenta piés, representaba mui al vivo el objeto con que esta santa Iglesia reunia á sus hijos en ese sagrado recinto.

El catafalco, aunque carecia de la elegancia correspondiente al gusto y delicadeza á que han llegado las artes en el día, pues con algunas modificaciones, era el mismo que habia servido ya en las honras de otros Señores Obispos, no por eso desdecia de la dignidad y mérito del personaje cuya grata memoria se iba á honrar de una manera tan solemne.

Este monumento lo constituian las partes siguientes: sobre un zócalo de forma cuadrada de nueve varas de ancho y dos de alto, guarnecido de un decente balaustrado con doce cirios á proporcionadas distancias, se elevaba el primer cuerpo tambien de figura cuadrilátera, representando cuatro pórticos del orden dórico, en cuyas ocho pilastras sobresalian con sus pedestales ocho ménsulas que servian de apoyo á otros tantos jarrones fumigadores. En el centro de cada pórtico estaba una octava en castella-

no,¹ y en la coronacion una estatua dorada en aptitud de descansar, representando las cuatro virtudes cardinales Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza.

Seguia el segundo cuerpo semejante al primero, á excepcion de las ménsulas y de las estatuas, del propio orden, y ocupados sus cuatro lados con los correspondientes versos latinos.²

Encima de este segundo cuerpo estaba sobre su plinto correspondiente una suntuosa urna con dísticos latinos en sus cuatro frentes,³ adornada con un telliz mui decente, con abortantes de siete luces en sus ángulos, con las insignias episcopales sobre el telliz: y sobre todo esto aparecia, iluminado con las luces de la urna y colocado sobre un cogin en un pedestal con la forma de un pedazo de columna, el busto del ilustre difunto.

Tan pronto como se acabaron de cantar las solemnísimas vísperas, subió el Señor Canónigo Lic. D. Pelagio Antonio de Lavastida al púlpito, y dijo la oracion latina, y concluida ésta, se cantó un solemne responso, terminando todo á las ocho de la noche.

Al día siguiente, desde mui temprano hasta la hora de la misa conventual, que se adelantó, se cantaron sucesiva y simultáneamente en los altares de las naves del templo las misas de *Requiem* correspondientes á las comunidades religiosas, quienes cantaban en seguida un responso en el lugar del sepulcro del Illmo. Prelado; y á las ocho y media se comenzó el oficio, cantándose una solemnísima vigilia, y despues la misa que celebró el Sr. Dean Dr. D. Joaquin Mariano Moreno. Inmediatamente de concluida la misa,

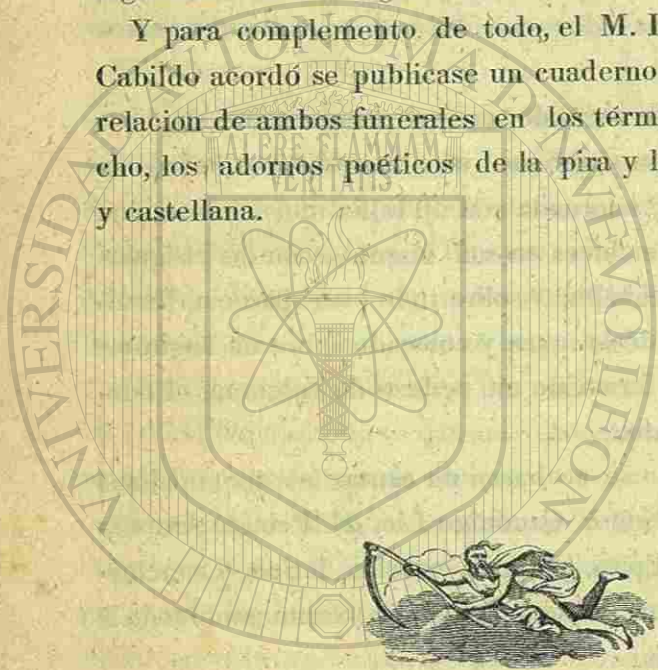
¹ Figuran en las págs. 63 y 64 de este cuaderno.

² Páginas 65 y 66.

³ Página 67.

el Sr. Vicario Capitular Canónico Lic. D. Clemente Munguía, pronunció la oracion fúnebre castellana; y acabada ésta, se concluyó el funeral con los cinco *responsos* solemnes que se cantan uno por el *Preste* y los demas por las otras dignidades en los ángulos del catafalco.

Y para complemento de todo, el M. I. y V. Sr. Dean y Cabildo acordó se publicase un cuaderno que contuviese la relacion de ambos funerales en los términos que queda dicho, los adornos poéticos de la pira y las oraciones latina y castellana.



ORATIO FUNEBRIS

ILLUSTRISSIMI AC REVERENDI D. D. D.

JOANNIS CAJETANI GOMEZ PORTUGAL

MICHOACANENSIS EPISCOPI

IN SANCTA CATHEDRALI ECCLESIA

MORELIÆ

Undecima Novembris Die

ANN. DOM. 1850

A. D. L. PELAGIO A. LAVASTIDA

IPSIUS ECCLESIE CANONICO

PROLATA.

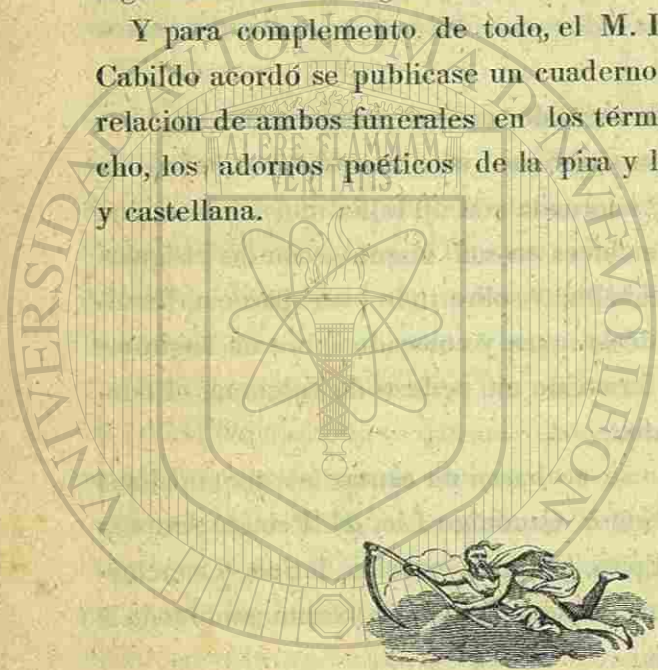
MORELIÆ.

Typ. I. Arango.

1850.

el Sr. Vicario Capitular Canónico Lic. D. Clemente Munguía, pronunció la oracion fúnebre castellana; y acabada ésta, se concluyó el funeral con los cinco *responsos* solemnes que se cantan uno por el *Preste* y los demas por las otras dignidades en los ángulos del catafalco.

Y para complemento de todo, el M. I. y V. Sr. Dean y Cabildo acordó se publicase un cuaderno que contuviese la relacion de ambos funerales en los términos que queda dicho, los adornos poéticos de la pira y las oraciones latina y castellana.



ORATIO FUNEBRIS

ILLUSTRISSIMI AC REVERENDI D. D. D.

JOANNIS CAJETANI GOMEZ PORTUGAL

MICHOACANENSIS EPISCOPI

IN SANCTA CATHEDRALI ECCLESIA

MORELIÆ

Undecima Novembris Die

ANN. DOM. 1850

A. D. L. PELAGIO A. LAVASTIDA

IPSIUS ECCLESIE CANONICO

PROLATA.

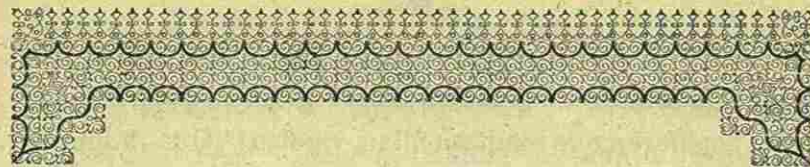
MORELIÆ.

Typ. I. Arango.

1850.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



QUOMODO sedet attrita mœrore hæc sancta
nostra Ecclesia? ¿Cur sacra monilia deposuit,
quibus se, ad recipiendum Dilectum suum ornabat? ¿Quare
pius concursus manet consternatus, qui paucis ab hinc
diebus, hunc sacrum frequentabat locum, sereno pectore
hilarique vultu ostendens, non modò lætitiã filiorum pro-
prium, verum etiam vivacissimum sanctæ Religionis ardo-
rem? ¿Cur animæ nostræ tabescunt hæc tristissima mortis
imagine? ¿Quem ad finem hoc luctuosum erectum est, Mo-
numentum? Quid commune funeribus cum factis præcla-
ris, quorum sola memoria magno semper fuit nobis præsidio
atque solatio? ¿Quare oppressas sub hujus tumuli pondere,
et inter mortis trophæa, quasi relegatas conspicimus, species
illas, quarum amplitudine revelabantur nobis sive fiducia,

sive gaudium, sive tranquillitas cæteraque pignora, quæ felicitatem innuebant illius ecclesiastici regiminis, quod Dei laudibus populorumque exultationibus vigeat? *Qua ratione?... Sed ¡heu!... Suspiria vestra, singultus, amaritudo aliique multi affectus quibus estis suffussi, manifestè loquuntur et luculenter docent, adesse nobis causam doloris profundissimam..... Spectabilis homo inter nos desideratur... Quæritur, et non invenitur... ¡At qualis erat? Erat ille quo spes nostra fulciebatur, consolatio nostra sustentabatur, cor nostrum roborabatur.... Sed ubinam est?... ¡O numquam satis deploranda jactura!.... Amisimus, ILLUSTRISSE DOMINE, Episcopum magnum, totius Ecclesiæ mexicanæ ornamentum, Mechoacanensis vero Diœcesis gloriam et solatium, juventutis nostræ Parentem, cuncti cleri inexpugnabile Scutum, Ecclesiæ libertatis Assertorem, jurium ejus Vindicem, atque bonorum fidelissimum Propugnatorem.... Amisimus Sacerdotem magnum, qui, ut verbis sacris loquar, “in vita sua suffulsit domum, et in diebus suis corroboravit templum.....” Amisimus.... ¡Proh dolor!! perillustrem Antistitem qui, ut Sacerdos Simon “curavit gentem suam, et liberavit eam á perditione; qui adeptus est gloriam in conversatione gentis, et quasi stella matutina in medio nebulæ, et quasi luna plena in diebus suis” emicuit.... Amisimus dignissimum Præsulem “qui effulsit in hoc templo Dei, ut ipse filius Oniæ in templo Jerusalem, quasi sol refulgens, et quasi arcus inter nebulas gloriæ, sicut cypressus in altitudinem se extollens, in accipiendo ipsum stolam gloriæ, et vestiri eum in consummatione virtutis, et in ascensu altaris sancti gloriam dedit sanctitatis amictum.” Amisimus.... ¡ó doloris acerbitatem....! D. D. JOANNEM CAJETANUM A GOMEZ DE PORTUGAL, virum incredibili scientia et virtute cœlesti ornatum, Pontificem præclarum, illustrissimum Principem hujus Sanctæ*

Ecclesiæ, Sanctitati Pii IX carum, ejus Domesticum Prælatum, ad Solium pontificium Assistentem, et in pectore Cardinalem Sanctæ Romanæ Ecclesiæ. *¡Ergo hunc talem Virum amisimus? ¡Ergo eò tandem calamitatis devenimus? ¡O crudelis mors! ¡Quis victoriam tuam, hac nostrâ partam miserrimâ clade, é manibus præripere potuisset, et in te ipsam vertere triumphum quem tibi, perempta illa prætiosa vita, reportasti? ¡O tempora nobis dira! ¡Cui mortalium licuisset fatalem impedire cursum quo tantus Pastor, orbato grege, decubuit?*

Fratres mei dilectissimi, *¡quod nobis erit solatium? ¡quod in tanta ærumna, tantoque mœrore levamen? Dum totam Civitatem, totam Diœcesim, totam Rempublicam planctu et quæstu obrutam vidistis, AA. ¡fuit aliquis, qui verbis magis quam lacrymis et gemitibus, cordis sui sensum exprimere potuerit? ¡Quid inquam? ¡Est hodie aliquis inter vos, qui sine animi commotione, ac perturbatione mentis, vitam et mortem Pontificis nostri in memoriam revocare queat? Septem menses jamjam post lamentabilem casum decurrunt, et maximo parique dolore adhuc fletis: quocumque me veritam luctuosissimam mortis imaginem reperio, atque in frontibus vestris tristitiam animi et cordis dolorem, peracerba contemplatione intropicio. Squalori squalorem, plangori plangorem addimus. ¡Quid vero solatii ex me ob infelicissimam jacturam requiris, Illustrissime Senatus? Non nisi de te ipso licet hoc expostulare, et quidem non aliter quàm impartiendo nobis tuam amarum affectionem, reciproca enim proprii doloris communicatio est inter ipsos dolentes aliquod levamen. Testis lugubris hujus templi funestusque apparatus, testis numerosus Optimatum, Procerum, Sacerdotum, Populique concursus, testis egomet ipse, qui in hoc lamentationis genus descendo, Joannis Cajetani laudibus commemorandis.*

Utinam vero, tanta esset in me dicendi facultas, tantaque copia, ut merita, dotes ac virtutes illius, persequi possem, atque offerre tamquam tributum ac munus, orationem suo condignam objecto, omnibusque numeris absolutam! Attamen, quoad potero efficiam ut intelligant universi Joannem Cajetanum, ita cœlesti Dei gratia ornatum iis animi bonis, quæ Mechoacanensis Ecclesiæ Pastorem decent, ut merito sit connumerandus inter eximios ejus præclarissimosque Decessores. Vita sua optimum argumentum erit.

Ex honestissimis parentibus editus est Præsul noster, cujus virtutes ac gesta præclara, si omnia referre vellem in tanta rerum ubertate, propositas huic orationis generi leges, præterirem. Quapropter donec felicior calamus exurgat, vel aliqua lingua disserta, omnia quæ mihi tantisper cogitanti, sese sponte sua obtulerunt, paucis attingam.

Vix primo ex ætatis curriculo Joannes excessit, dum magistris earum artium, quibus pueritia ad humanitatem informatur, ut eum instituerent, parentes tradiderunt. Ita industriæ ac labori respondebat supra modum puer, ut non solum, veluti exemplar cœteris filiis à patre proponeretur, sed tanquam futuri præscius, supremam in Diœcesi dignitatem ecclesiasticam jam ex tunc puero auspicaretur. Primis litteris imbutus, Guadalaxariensem Civitatem missus fuit, ubi sub disciplina Seminarii Tridentini, latinitatis et humanarum artium rudimentis, Philosophiæ, Theologiæ, ac reliquis sublimioribus scientiis, animum applicuit. Nec res defuit in tentaminibus variis, sapientum spei tam retro conceptæ. Ut plurima taceam, circa unum tantum vos intentos esse deprecor. Cum post multas ærumnas, multosque labores, dies tandem affulsisset qua Noster Pius papa VII pergratæ recordationis, suum in regnum et Sedem, Dei Providentia, denuo restitutus fuisset; cum catholica Ecclesia quam plu-

rimis atque luculentissimis signis lætitiâ, qua perfundebatur palam Orbi fecisset; cum omnes quacumque decoratione insigniti, in amplissima dignitatum ecclesiasticarum Hierarchia vires asumpsissent in summo desiderio explendo, ut communi fidelium Parenti, gaudium cordis permagnum pro felicissimo illo eventu, notum facerent; Præsul illius Diœcesis vehementer cupiebat e conventu selectissimo litterarum cultorum, quemdam educere, qui sapientia, ingenio, facundia, dicendi ratione, clarissimaque latinitatis disciplina, huic magnæ rei pro sua parte absolvendæ, quam dignè aptissimus præcunctis inveniretur; Joannes Cajetanus omnia retulit suffragia, et magna Episcopi sui grataque probatione designatus apparuit. Dedit itaque operam huic labori, et lucubratione confecta ad cujus exemplar erat gratulatio Summo Pontifici litteris deferenda, ita sui Præsulis animum sibi devinxit, ut inter varios ad regendam Seminarii cathedram oppositores, à Prælato denotatus fuerit quamvis ejus ætas vix quinque lustris solummodo computabatur. Humanis igitur ac divinis litteris apprimè excultus, bonisque moribus mirificè ornatus magister magistris, sociisque socius illius domi gratissimè salutavit. Sui jam compos factus, incepta studia perfecit, et alia quæ nondum attigerat, pari animi alacritate, atque ardore prosequutus.

Linguae latinæ, Philosophiæ atque Theologiæ studiis se tradidit, sed quia peculiari quodam animi impetu ad sacras litteras rapiebatur, quidquid ex ecclesiastica disciplina et conciliis in usum traduci posset, diligenter investigavit. Quapropter mirum in modum delectabatur colloquiò sapientum, qui eo tempore, in Seminario, Universitate et Capitulo Guadalaxariensis Ecclesiæ efflorebant; et quorum doctrina non poterat perfrui loquendo, eorum libris ac scriptis legendo reficiebatur; ideoque, doctissimus

atque ab omnibus eruditissimus haberi cœpit. Addictus semper studiis, pietatem numquam deseruit, et mirum sanè fuit, juvenem omnibus carum, et in deliciis habitum, ingenio fecundo, vultu semper hilari, indole dulci, alloquium sententiis gravibus refertum, candorem innocentiae, ac vitæ integritatem ita servasse, ut ad extremam usque ætatem, nihil in seipso unquam potuerit offendere hac in re, quod flagitii loco notari posset, ac reprehendi, contra hujus eximiae virtutis jura commissum. Dificilè dictu est, quantò gaudiò afficeretur cum aliis benefacere posset, vel aliquem gaudere intelligeret: hunc animum in omnes propensum, ac mirificè benevolum, præcipuè in pauperes, oppressosque, carcere devinctos, usque ad extremum vitæ servavit. Assiduus cultor ab incunte ætate Beatissimæ Virginis Mariæ in Transfixione Dolorum semper fuit; et parvam ipsissimam imaginem, quæ sua tenerrima ac puerilia vota suscepit, adolescentiæ, virilitatis, senectutisque orationibus frequenter coluit. Coram Sanctissimo Eucharistiæ Sacramento, quo passim a pueritia reficiebatur, summa devotione pronus, in preces morabatur. Presbyter factus sacrificium Misæ, fidissimo, pio ac reverenti animo offerre consuevit. Ad erudiendam juventutem die ac nocte, cum scriptoribus Augusti seculi, reserioribus philosophis, ac Theologis illustribus, delectabatur: et ut omnes profiterentur, semper in Seminario scientiarum ac litterarum cultum avidè promovit. Sed licet tot, tantisque oneribus Magisterii onustus, vitam ageret actuosam, in prædicatione verbi divini, præsertim catechetica, morali atque dogmatica, sese multoties occupabat. Modicum tempus ad vacandum et se reficiendum assumebat, et inter eruditiores Seminarii Magistros, aliosque doctrina præstantes viros, de Ecclesiastica historia, ac dogmatica Theologia, quibus mul-

tum profecerat, sermocinando trahebat, hujusmodique sermones interjectis salibus, ac venustate jocorum, ita condiebat, ut omnes scientiarum amatores ad eum sæpenumerò convenirent, ac illius colloquio recrearentur. His omnibus summam gravitatem, ac modestiam, severamque morum integritatem, ut ecclesiastico viro par erat, mirabiliter junxit.

Hæc omnia et alia, quæ nec referre lingua unquam poterit, in Seminario Tridentino Guadalaxariensi jam ex tunc, et in ipso ætatis flore, omnium amorem, ac venerationem conciliarunt, quinimmo magnam de illo spem omnes concipiebant.

Post annorum octo curriculum maximo dolore domum educationis reliquit; quia patronus, ut ne tot labores indonati præterirent, ad regendam Parochiam, vulgò *Zapopam* et Curam animarum habendam, Episcopo eum præsentavit. Obtentò munere Parochiali, tot suis viribus, instituendis populis, eradicandis vitiis, et bonis moribus promovendis, peritiam, eruditionem, verba et exempla convertit; adscitis operariis, quos suis expensis alebat, cum eis parem laborem impartiendo. In pauperes facilis, ac liberalis; omnibus etiam minimis illum adæundi semper aditum patuit. Itaque boni mores de die in diem, magis atque magis in sua Parochia florebant, ut a Dignissimo ejus Episcopo, tanquam norma et veluti exemplar, omnibus suæ Diœcesis tam latè diffusæ, animarum onere beneficiatis, sæpissimè proponeretur. Inter pastoralia ministeria propensum in litteris animum nunquam remissit; sed ultra, magna volumina sacrarum litterarum, sanctorum Patrum, et scriptorum Ecclesiæ legebat die, ac nocte perlegebat, jugiterque ruminabat. Ut his studiis in quibus versatissimus erat, operam daret, illiusque bonus animus visu parentum senium in benigniore climate recrearetur, paupertate contentus, aliud beneficium curatum in emolumentis abundantius renuntiavit; sed tanti viri doctrina

ac eruditio in uno solo Parœciæ ambitu contineri nequibant, opus erat, ut eis universa quoque respublica fruereetur. Ideirco ab eo tempore libertatis patriæ fortunato in pluribus comitiis, populi optimates, auctoritatesque sæculares, et ecclesiasticæ, illius operâ ita usi fuerunt, ut nullum in posterum esset comitium quo de salute Reipublicæ ageretur, quod Joannes Cajetanus consilio, æquitate et prudentia, non moderaretur, dirigeret ac hominum proborum attentionem excitaret, ne ab illius sententia dissentirent.

Cum igitur quindecim rexisset annos Parochiam supradictam, et postquam decenio simul ad legum latorum generalia comitia deputatus fuisset, in Episcopatum Mechoacanensem evectus est ab electione Capituli hujus Sanctæ Ecclesiæ, petitione nostri Gubernii sæcularis, et confirmatione Pontificis Maximi Gregorii XVI felicis, aternæque memoriæ. In ejus electione singularem Dei Providentiam nemo non agnovit, certè nulla humanæ industriæ tentamina interfuerunt, illa etiam, si qua innocua sunt. Vir noster ab episcopatu omnino alienus, immò, ut omnibus compertum semper fuit, atque ipse sincero quo pollebat animo sæpe confirmavit, nunquam ipse in mentem venerat, eventurum, ut de illius promotione aliquando ageretur. Arduum ac periculosum episcopale munus tandem accepit Joannes, gravatus pondere tantæ dignitatis, gratulatus vero honore supremæ dignationis, plenus pugnis foris, intus timore. “¿Quis sum ego, sese humillimè interrogabat, ut episcopis adscribere queam?” ¿Sed quomodo non obedio eligentibus, petentibus, maximèque confirmanti? Imponere super humeros meos hoc gravissimum onus supra me est; non obedire contra me est. Utrobique periculum; sed in ea parte majus imminere videtur, si non obediero: itaque exiens qua minus apparet, faciam quod mihi juvetur; etenim excusat præsumptionem auctor tas-

imperantis. Attamen vix ad hanc sedem episcopalem promotum Joannem Cajetanum Respublica mexicana aspexit, et omnes sibi invicem gratulabantur, quod Principem ecclesiasticum omnium virtutum genere apostolico ornatissimum, pium, sapientem, strenuum, circumspectum, cunctisque iis dotibus, qui ad Episcopatum integrè ritèque administrandum, atque ad populum sibi concreditum verbo et exemplo pascendum necessarii sunt, præditum ac munitum a Deo essent consecuti.

Talis profectò erat Antistes noster eo tempore, quo in summum fastigium sacerdotale evectus fuit. Revocate, quæso, in memoriam illos alacritatis et jubilationis dies, in quibus ad portas civitatis nostræ accessit. Popule Mechoacanensis, meministi? ¿O felix dies, solemnus ejus ingressus in qua vidimus post longissimam orbitatem Pastorem ovilis, Patrem populi, sublimioribus virtutibus collustratum, acumine ingenii, ad difficillima quæque expeditum, intelligendi incomprehensibilia celeritate, decernendi gravia à levibus maturitate; agendi rebus in arduis maxima industria; summa in negotiis contrahendis æquitate, mirabili rectè conjiciendi facilitate; singulari dignitatem et gravitatem jungendum cum insigni festività ac moderatione, gratia, effussis in egen-tes ac miseros solatio, benignitate, pietate et religione! ¿Quid plura? Virtutes omnes quinimmò quæ prima specie oppositæ videntur, in altissima ejus mente, nexu conjunctionis valido, copulatæ sunt: humilitas cordis cum animi celsitate, severitas judicis cum Patris lenitate, robur animi cum amicitia aut charitatis indulgentia vel prudenti dissimulatione, magnitudo dignitatis cum exiguitate paupertatis, uno verbo, christianum egregium et parvulum evangelicum mirificè et jucundissimè in Joanne Cajetano omnes amici aut inimici, si quos habuit, tandem agnoscunt. Domus, viæ, tem-

pla et fora, inusitata specie hilaritatis pastorem novum sperabant: incredibilis populorum, non modo eorum qui finitimi, sed eorum etiam qui remoti sunt, frequentia, ad hujus Civitatis portam qua triumphalis patebat aditus nostri desiderati Pastoris cerbatim confluebat, et omnes sibi ita plaudebant de felici tanti Viri appulsu, quasi minimè de communi bono consulerent sed tantum proprio congratularentur. Positus jam in hac episcopali Sede, sicuti qui stagnatis aquis exitum aperuit, ita Joannes virtutibus omnibus iter ampliavit: et qui ad honestum, justum ac bonum ex animo in Civitate guadalaxariensi ardore juventutis, mexicanaque initio virilitatis, insitum amorem patefecit, hunc in sua Diœcesi confirmavit. Ideo pietas ejus, animique religio, tam diuturna, tam constans, tamque omnibus nota fuit, ut nec privatim intermissa unquam, sed maximè publicè ad exemplum, splendidè decoreque culta, et nec laudatio quidem dici possit, sed nostri mœroris, maximique luctus in hoc amplissimo loco demonstratio. auditores donec fuerit virtuti honos, Joannis Cajetani nomen, laudesque manebunt: et neque annorum cursu, neque exemplorum similitudine, ejus memoria deleri poterit. Vereor tamen, viri ornatissimi, ne dum in publicum defuncti Episcopi nostri gesta afferro, existimetis me illum usitatis factis exornare; quæ quidem dum facerem, licet solita essent, ipse tali animi magnitudine agebat, ut communia jam non fuerint, sed peculiariora, ac rara meritò viderentur.

In primis noverat, nullam existere virtutem, nisi à Divini Numinis cultu originem duxerit. Recordamini, quæso, exercitium virtutum. Intuemini fidem, qua sacris mysteriis iterum atque iterum semper aderat, qua de ipsis mysteriis, totisque catholicis veritatibus loquebatur; qua sacras scripturas profundè meditabatur et inefabilem Providentiæ ordinem, in selecto populo, institutioneque christianæ religio-

nis, grato animo contemplabatur. Quoties eum abjectum vidistis, supplicemque oculis in ara Dei crucifixi intentis orantem, *cunctaque postulante bona omnibus populis suæ Diœcesis?* Quoties offerentem hostiam puram, hostiam sanctam, hostiam immaculatam his verbis, voce sonora, dignitate ac gravitate plena, lentèque prolatis “SUSCIPE SANCTE PATER” quæ Ecclesia in ore omnium sacerdotum imponit ad populum animadvertendum incruenti sacrificii initium? Quoties, ut alium David laborantem in gemitu suo, lavantem per singulas noctes lectum suum, lacrymisque stratum suum rigantem? Quoties ad Confesarii pedes, deposita majestate, signis pœnitentiæ afflictum, iteratis pectoris tusionibus, humi procumbentem, peccata detegentem, fundentemque lacrymarum ingentem alluvionem, ut ea levia, quæ miserrimæ fragilitati longe abire datum non est, expiaret, munusque Deo Patri omnipotenti offerret, nempe animam puram immaculatam, nitidam, venustateque gratiæ splendentem? Quoties cœlesti pane, angelorum esca, se reficientem, vinoque virgines procreante, se munientem? Quoties in ordinationibus conferendis vultu rubro, Sanctorum omnium, ac præcipue Beatissimæ Virginis Mariæ intercessionem deprecantem, Spiritusque divini dona petentem? Quoties... sed quo progredior auditeres? Multoties, millies atque decem millies pueris sacramentum Confirmationis ministrantem populisque, ut sollicitum præconem, evangelium instituentem vidistis. Nunc vero.... proh dolor! oh crudelis memoria! oh tristissima hominum conditio! Una eripuit hora; frigidus Joannem obsignat lapis: aretus contegit tumulus; pulvis obruit exiguus.

Sed magis rectè atque magis christianè judicemus. Si excessit e vita noster Præsul, sua humilitas, paupertas, liberalitas, fides, charitas, pietas, omnes virtutes denique in memoria hominum nunquam moritura: e contrario semper

illius in negotiis gravitatem, in labore constantiam, in studiis litterarum ac scientiarum doctrinam, præstantem in republica et Ecclesia tuendis curam, in rebus arduis singularem prudentiam, in periculosis tandem magnanimitatem supernaturalem et quasi cœlestem, æternâ omnis generatio ventura fama celebrabit. Nec verò silebitur admirabilis quædam, et incredibilis, ac penè divina ejus in explicandis Scripturis sacris et rebus ad Statum et Ecclesiam pertinentibus tractandis, scientia. Omnes ex quacumque dignitate qui in hac republica intelligentiam quæstionis ecclesiasticæ habuerunt, inter se conferantur. ;Quis tamen ex novæ Jerusalem zelo ardentissimo consumptis, inter nobiles almæ Religionis athletas, et fama, et gloria, et Ecclesiæ laude signo quodam splendida ovationis potiore jure recensetur? ;Quis illo fortior ad prælianda prælia Dei? ;Quis firmior in æternis Ecclesiæ juribus a novatorum tentaminibus vindicandis? ;Quis celerior ad præbenda remedia publicis calamitatibus et cavenda opportunè pericula moribus et fidei imminentiâ? ;Quis ut ille gaudere potuisset dono quodam consilii et, ut ita dicam, incomparabili caliditate qua nos, et omnes quam sapissimè, ille miratione vinctos habebat; et qua protinus ille adversariorum retia vitabat, et sese difficillimis Ecclesiæ et Reipublicæ adjunctis expeditum sentiebat?

;Quid, si de fortitudine ipsius sermonem instituum? Nunquam ille magis convenientiæ consuluit quam dignitati. Responsa in sacrorum jurium propugnatione Principibus sæculi data, sunt testes. Exilium amplexum inter delicias vitæ et asperitates viarum, inter domus quietem et itineris turbationes, inter familiæ curas et molestias temporum, inter lecti commoda et stationum varietates, immortalis memoria erit vitæ gloriosæ. Pastorales litteræ de episcopalis muneris gravitate, de jure patronatus, de decimis, de Immaculata

Virginis Mariæ Conceptione, de religione ejusque Mysteriis, ac fidei catholicæ dogmatibus, sermonesque doctrinales totidem monumenta erunt, quæ ingenium, sapientiam, assiduitatem, zelum, eruditionem Antistitis nostri, omni tempore et ubique prædicabunt. Infinitus essem, si diœcesana edicta, decreta opportuna, resolutiones varias quæ ad perpetuam memoriam tanti viri in tabulariis nostris servantur, et passim occurrunt, non laudando describere, sed numerando recensere vellem. Studii perpetuus amor atque juventuti maxima adhæsiō in vita sua labores juvenum leniebant, et Præceptorum constantiam sustinebant; nunc vero magnum omnium dolorem augent et desiderium finis avidissimè cupiunt.

Immensus forem, inquam, si in lucem afferre vellem omnia gesta, omnia exempla, omnia egregia, tot virtutes, tot singulares dotes, tot immortalia præconia, quæ, ut totidem gemmæ, formosissimam Joannis animam suæ vitæ curriculo ornare; et veluti Pastorum specimen aspectui vestro, et populo suo, et universo terrarum orbi illum exhibuere. Pudore afficiantur nefarii: nam suam ferocem insaniam, eorum libidines, ambitionem, crudelitatem, et avaritiam; gravitate, continentia, humilitate, benignitate, ac liberalitate, Joannes confundebat, mitigabat, frænabat, ac corripiebat: Sese erubescant stupidi, ignavii, pertinaces, profusi, scelerati omnes, ingenio, diligentia, suavitudine, moderatione, Prælati, qui tanto honore tantoque decore hanc tribus lustris et tribus annis Ecclesiam beatissimè rexit.

Non prætereunda tamen præclarissima gesta ad informandam juventutem in omni litterarum ac scientiarum genere, Surge, Popule selecte, cara juvenus, desine paulisper flere; obtestor atque deprecor, ornatissimi Viri, ut gemitus vestros brevi tempore intermittatis, et omnia beneficia, si possi-

bile est, prædicate. Loquimini: ¿Ubi erat Præsulis honor, corona, gloriaque? In Seminario. ¿Ubi magna decimarum pars? In Seminario. ¿Ubi curæ præcipuæ Pastoralis officii? In Seminario. ¿Ubi sua spes corrigendi populorum mores, coetus ecclesiastici decorem et venerationem augendi, Patriæque felicitatem assequendi? In Seminario. ¿Solummodo vero in Seminario istius civitatis? ¡Oh Bone Deus! ¡Incolæ Lugdunenses, Zamorenses, Acambarenses, Pazt-cuarenses, venite hic, et in sermone nostro diu versate! ¡Populi a sede longissimè dissiti, terraque calida locati, fortem emittite vocem! Facite verba, quæ de generatione in generationem famam hujus Eminentissimi Præsulis, usque ad ultimum tempus transferant, et vivat in memoria æterna sæculorum qui nunquam debuit mori.

Auditores, licet ingentes progressus in hoc Seminario Tridentino satis noti erant, tamen censuit eruditionis formam non esse congruentem temporibus nostris, quibus juvenes ad summum sapientiæ ascendere necesse est, ut ediscere possint omnes illas scientias quarum studio, religionis præstantia oculis affulget. Eo cogitante, Idiomatis nostri et humanarum litterarum statim cultum instituit; paulo post Athenarum Galliarumque linguæ aditum dedit; demum cum Philosophiæ amplitudine Religionis atque Ecclesiæ tractatum, cum Theologiæ dogmaticæ tyrocinii reformatione ritus sacros studere sapientissimè præcepit. Hæc omnia et alia multa, quæ nec hic referre, nec in posterum memoria retinere queat, mentibus juvenum veram Religionem, ut pulcherrimum atque perfectius divinitatis opus expandunt: cælestibus eos inserunt consiliis, et innumeris quasi circumfundunt prodigiis, certasque sapientiæ et felicitatis vias illis indice signant. Nunquam juvenibus scientiarum studium commendavit eorum mentes a litterarum commercio, usuque deterrendo. E con-

trariò magistros ad utrasque amico federe sociandas hortabatur, modò quædam cautiones adhiberentur. In profanis litteris, agebat frequenter studiosis adolescentibus, quærenda est honesta quædam animi recreatio, felix infelicis senectutis solamen, fidelis solitudinis teterrimæ amica. Itaque diligite litteraturam illam, quæ limando iudicio simul et nutriendæ pietati inserviat: fugite á vobis et adversas partes fugite, tum fatilia scripta, tum flagitiosa opera, tum maximè impios libros, tenebrosi factus, quorum malè fecunda est ætas nostra.

Quæret quispiam. Quid? Hic ipse summus Vir, cuius zelus in litteris proditus est, ¿in cæteris negotiis aut rebus suæ Diœcesis non manifestus erit? Difficile est hoc de omnibus confirmare; tamen est certum quid respondeam. Cum Elia asserere poterat ille “Zelo zelatus sum pro domo Dei.” Verumtamen animadvertite moderationis et lenitatis documenta, catholicæ Religionis ministris valdè congruentia, ab illo nunquam defuere. Zelus cum prudentia sociatus difficilima virtus. Duo discipuli a Christo Domino nostro reprehensi, quia ignem e cælo in urbem incredulam dimittere volunt, sunt illius difficilimæ, et velut impossibilis societatis validissimum argumentum. Sed, ¿quis dubitat conjunctionem zeli cum charitate, auctoritatis cum prudentiâ, muneris episcopalis cum Principum pace, dignitatis supremæ Diœcesis cum aliorum Prælatorum amicitia, superioritatis cum humilitate fecisse Joannem, Pastorem e lupo non fugientem, Parentem populorum amabilem, Præsulem Ecclesiæ venerabilem, Dispensatorem integerrimum, Apostolum mitissimum, uno verbo, Episcopum irreprehensibilem, ut Divus Paulus in suis epistolis describit? Conspectu Joannis jurgia evanescent, disputationes tacent, inimica corda se invicem adstringunt, opiniones discordes consentiunt,

conflagrationes extinguuntur, omnia bella recedunt, omnia mala pereunt. Præsentia Joannis disciplinæ, morumque integritatem restaurat, studiis vitam restituit, doctrinâ, virtus, et merita florescunt, exardescit rudium pietas, populorum in Ecclesiæ ministris fiducia augetur, ministrorum auctoritas magis splendescit, ipsa quoque Religio totis committitur viribus, Principesque sæculares suum præsidium ei spontè, bonæque voluntatis præstant, renascitur denique pax, non ea, quæ sita est in otiosa et indifferenti Religionis incuria, non ea funesta pax, quæ potissimum affligitur Ecclesia exclamans verbis Isaia: *Ecce in pace amaritudo mea amarissima; sed quæ est vinculum cum unitate spiritus juxta præceptum Apostoli: Estote solliciti, servate unitatem spiritus in vinculo pacis.* Joannes semper meminerat eum esse ministrum illius, qui in scripturis exhibetur ut *Pacificans per sanguinem crucis ejus sive quæ in terris, sive quæ in cælis sunt, et qui non est dissensionis Deus, sed pacis.* Pax inquam, quæ superat omnem sensum, magnificis dulcissimisque verbis suadere, quod vult, nunquam destitit. *Pax tecum* vultu æquabili, serenoque clamabat in sua privata cappella: "pax vobis" canebat in hac Basilica, quadam cum gravitate conjunctam hilaritatem præseferens: pax, pax vociferabatur in omnibus dissensionibus et bellis. Tuque, alma pax, merces donata hominibus bonæ voluntatis Antistitem nostrum exultantem vel afflictum numquam deseruisti. Ubi sollicitudo ejus? Vigebat semper in operibus suis, sed leniter, potius dicam mitissimè. Dum Paræcias perhistrabat a seipso sacras ædes, altaria, imagines, vasa et supellectilem explorabat, vitam et mores clericorum, præcipuè qui curam animarum obtinuerant, sedulo et prudenter scrutabatur. Cum illis de populorum salute agebat, de pauperum inopia subvenienda, de senium imbecillitate robo-

anda, de viduarum lacrymis solatio, vel saltem spe fidissima, abstergendis, de orphanorum tegenda nuditate, de omnibus denique adjumentis ad perficiendam fidem catholicam, et confirmandam christianam charitatem, populosque de virtute in virtutem ad felicitatem veram, æternamque maximè, dirigendos.

Quid ego nunc comitatem, affabilitatem, humanitatem, prædicem, quæ tanta erat, ut neminem, aut aspectu, aut colloquio suo arceret, omnium postulata libenter cognosceret, nihil justè petentibus denegaret; et si quid negare cogebatur, ea tamen utebatur lenitate sermonis, ut eos quoque quibus negabat hilares a se pacatosque dimitteret?

Videte, auditores, quare in consiliariis suis prudentiam, et benevolentiam requirebat. Omnes juxta præceptum Domini affirmabat ipse etiam inimicos diligere oportere; sed ad consilium illos tantum eligi convenire, qui prudentes et benevoli esse videantur. Sic agebat, ut Dominus noster J. C. et imprudens discipuli et fratrum infidele consilium refutabat, dicens improvido: "non sapis quæ Dei sunt," et malevolis "vos ascendite ad diem festum hunc, ego autem non ascendam." In argumentum illius veritatis adducebat electionem Petri a Magistro factam propter ejus benevolentiam et fidem: "Sed rem difficilem postulas" dignissime Præsul, tunc inquit homo quidam magnus, "vix in multitudine hominum unum reperiens in utraque gratia consummatum." *Multi sunt amici, unus autem sit tibi consiliarius de mille.* Miramini vero, auditores quomodo selegit quos constituit adjutores regimini Diœcesis et muneris pastoralis. Nec sprevit senes, nec prætulit; cum autem videbat quosdam juniorum super senes intelligere, moribus antiquare dies, prævenire tempora meritis, et quod ætati deerat compensari virtutibus, firmiter sequebatur admonitionem Apostoli; "Nemo contemnat ado-

lescentiam.” Statim in memoriam revocabat illud sapientia: “Senectus venerabilis est non diuturna neque annorum numero computata. Cani autem sunt sensus hominis, et ætas senectutis vita immaculata.” Denique ante oculos suos versabantur exempla divina, in primis, boni pueri Samuelis, qui loquenti Deo promptus aderat auditor dicens: “Loquere Domine quia audit servus tuus,” ac si diceret. “Paratus sum, et non sunt turbatus, ut custodiam mandata tua;” secundo, boni Jeremiæ, qui quamvis sese excusarat pueritia, nihilominus constitutus fuit super gentes et super regna: postremo, boni Danielis, ejus spiritum suscitavit Deus, ut convinceret iniqua judicia, et sanguinem innoxium liberaret.

Quid de integritate, firmitate, ac perspicacitate dicam? quantum ei prudentia et acuminis ad videnda ea, quæ vera et recta sunt; quantum animi et libertatis ad ea proferenda; quantum auctoritatis ad sustinenda semper fuit!

Nihil unquam ille in dicenda sententia sua aut metu, aut gratia dedit; numquam ad cujusdam, necdum principis voluntatem, orationem suam accommodavit; nunquam aliquid veritate prius, aut antiquius habuit. Itaque vulgo dicebatur, nihil ab eo precibus peti oportere: preces enim apud eum neque ad justa obtinenda necessaria, neque ad injusta extorquenda efficaces.

De paupertate sua, atque humilitate quid loquar? semper pauper et humilis fuit. Semper avertit a se, quidquid luxus et ostentationis erat: in cultu exteriori simplicitatem, incessu non ficto sed naturali gravitatem, in vultu egregiam humanitatem, magnamque affabilitatem præseferbat. Semper habebat enim in mente illud Ecclesiastici “Amictus corporis, et risus dentium, et gressus hominis enuntiant de illo.” Licet episcopali solio sedentem ipsum, ut alte-

rum Salomonem vidistis, nunquam desiit ille dies antiquos cogitare, et annos æternos in mente habere, atque ideo semper ante oculos sibi proponere solebat: “Vanitas vanitatum, et omnia vanitas.” Hinc effecta est illa omnium admiratio qua omnes Antistitem sine pompa, sine luxu, sine apparatu, sine cohorte episcopali, magis atque magis venerandum esse, profitebantur. Insculpta in corde suo videbatur doctrina Divi Bernardi de moribus et officio episcoporum, præcipue ea verba “Honorificabitur non cultu vestium, non equorum fastu, . . . sed ornatis moribus, studiis spiritualibus, operibus bonis.” Sciebat etiam sine humilitate nullas esse virtutes, quoniam “humilibus Deus dat gratiam.” Hæc virtus alias virtutes accipit, acceptas servat, servatas consummat, et consummatas defendit: nam inimicam omnis gratia, omnisque initium peccati debellat superbiam, et tam a se, quam a cæteris virtutibus teterrimam illius propulsat tyrannidem.

Quid de patientia, quæ perficit omnia? Duo sunt quæ cum ad extremum vitæ ventum est, etiam spectata virtutis viros de gradu deficere interdum solent: nimirum doloris acerbitas, et mortis metus. Sunt autem qui quandiu a se mortis periculum abesse confidunt, dolorem satis forti animo ferunt; et sunt qui dum gravi et diuturno dolore erudiantur, imminentem mortis necessitatem satis æquo animo expectant. Qui autem utrumque præstet, ut neque doloris acerbitate ac diurnitate frangatur, neque adventantis, atque imminentis mortis metu terreatur, ei pectus incredibili quadam fortitudine armatum esse ac munitum necesse est. Quæ laus si cuiquam meritò tributa est, huic certe omnium confessione est tribuenda. Qui cum tribus integris annis, et quatuor itidem mensibus tanta vi doloris oppressus fuit, quanta in fortem virum cadere

potest; nunquam tamen ullam vocem parum a se dignam emisit; sed illud in ore frequentissime habebat: "Domine adde dolorem, dum addas et patientiam." Præcamini Deum, aiebat aliquando circumstantibus, me non desperantem esse vi doloris; nullo modo vos rogo me ad sanitatem restitui, sed patientiam maxime augeri; petite ut accipiam. Mortem autem sibi ab ipso morbi principio certam atque exploratam ita non exhorruit, ut de ea sine ulla prorsus aut vultus, aut animi perturbatione loqueretur: planeque ostenderet eam a se, ut D. Paulus in lucro poni. Ac ne cui dubium sit præcivisse eum, ex illo morbo morituro fore, duas apertas atque illustres hujus rei significationes dedit. Unam quæ sita est in meta litteræ pastoralis de immaculata conceptione Virginis Mariæ, cui lucubrationi ultimam dedit manum die vigesima secunda Februarii hujus anni, id est quadragesimo primo ante ipsius obitum die. Alteram quod cum ob quamdam morbi levationem, depulsum ab eo esse mortis periculum, constans Medici opinio esset; nihilominus sacrosanctam Eucharistiam sibi afferri per modum Viatici jussit instanter, ut pote ad aliam vitam proximè commigraturum certe præsentens. ¶ Utinam auditores præsagium eventus fefellisset! Sed in consiliis Dei statutum erat Ecclesiam Mechoacanensem pridie idus Aprilis anni currentis orbandam esse viro suo, viro illo egregio sacra ei desponsatione divinitus copulato, qui cladem diuturnæ retro viduitatis et mœstitiæ dulci præsentia sua abstulit, qui quatuor circiter lustris eximia pietate et charitate confovens dilectam suam quamplures pro patribus filios latitia spiritali in C. J. D. N. generavit. ¶ O infandam desolationem! ¶ O excidium maxime dolendum! ¶ O rem miserandam lacrymisque perennibus prosequendam! Merito cor morsibus æstuat doloris acribus,

merito Ecclesia diro transfixa dolore, facie lacrymis suffusa, singultibus exprimit voce interrupta mœstissimam viduitatem, et ex viri sui morte in magnum luctum incidit, jacet in maximo mœrore, videns quod non sit qui consoletur eam. Jure optimo etiam nunc gementes sedent Domini sacerdotes et virgines sacræ, Proceres civitatis, Municipium, omnesque civium Ordines, populusque universus; quoniam vere Joannes omnium Pater tenerimus fuit, humilis, amabilis, mansuetus et pius. Illius mortem secuta est tanta cunctorum afflictio, tantaque consternatio, ut omnium desiderium vix longo tempore et sæcundis rebus mitigari posse videatur. Nos quidem in miserabilibus Reipublicæ et Ecclesiæ temporibus, optimo et præstantissimo principe orbati sumus: ille autem, ut confidimus, e tenebris ac vinculis corporis in lucem libertatemque transegit, et promissam piis omnibus possidet hæreditatem; ita ut mors ipsius, si sortem nostram respicimus, luctu et lamentationibus: sin vero illius, gaudio et gratulationibus persequenda sit.

Audivistis vitam, vidistis mortem clarissimi Joannis Cajetani; illam integram apud homines, istam pretiosam, ut pie credimus, in conspectu Domini. ¶ Ubi documenta sunt? ¶ ubi testimonia publica? ¶ ubi æterna monumenta? Interrogate, quæso, viciniam loci quo in lucem editus, et respondebit, puerum Joannem natura factum esse ad honorem, naturamque ipsam ad virtutem illum peperisse. Iterum interrogate. Quid dicunt? Joannem adolescentia sua non in ludis, sed in angelorum ministerio occupatum, assiduum esse in sacerdotibus assistendis, dum ad sacras Aras tremendum sacrificium celebrarent. Dirigite vocem vestram ad habitatores civitatis Guadalaxariensis: audite responsum, juvenem Joannem nunquam sæculi vitiis indulsisse, inoffen-

so pede, supernæ gratiæ lumine juventutis curriculum transegisse. Rursum percontamini, et intenti auscultate: virum Joannem nunquam incidisse in errores fidei, aut opiniones contra fidem aut ejus puritatem. *Quid amplius?* animi corporisque dotes omnigenos, cum moralis, et politicæ splendore optime illum ad sacerdotale munus divinitus vocatum, verbique ministerio sublimiori dicasse. Tali vitæ sanctitate, tali in dicendo ardore, tantoque pro Dei gloria zelo in suis partibus exequendis se gessisse, ut homines impietate contaminatos ad veritatem, fœdissimis criminibus inquinatos ad honestatem; servitute Dæmonis miserimè subditos ad libertatem, a cupiditate rerum temporalium ad cœlestium bonorum amorem traduxisse doctissimis suis eloquiis divinam sapientiam spirantibus. Sic templa conclamant, ita asserunt coævi, ita fama per-lustratur ac pervagatur, ita generatio proxima et generatio ultima reportabit et juvenes a senioribus audient. Etiam atque etiam quærite a comitibus suis senatoribus. *Quid respondent?* Joannem patrem conscriptum fuisse, qui omnem rerum omnium, quæ ad mores hominum, quæ ad vitam, quæ ad virtutem, quæ ad Rempublicam, quæ ad Ecclesiam pertinebant, cognitionem et scientiam cum dicendi recte, fortiter eloquenterque ratione jungebat.

Credite auditores: Joannes dotibus oratoriis ita præditus, ut in omnibus suis coævis par illi nunquam inventus fuerit, nec dicendi copia, nec singulari, magnifico et amplo loquendi genere, nec in mirabili modulandi vocem arte, nec in motus corporis dirigendi forma, nec... Sed *quo vado?* Sciscitamini ex suis æmulis judicium. Cur vero testimonia exterorum requirimus? Vos omnes qui ad-estis, et omnes hujus almæ civitatis moratores, recordamini illam eloquentiam sedatam, dulcem, gravem, pla-

cidam, simplicem, et veterum oratorum, vel potius dicam, Patrum primævæ Ecclesiæ simillimam. Sustineamus hic tantulum moræ: quisquam nostrum aut alienorum aliquando fuit, qui concionibus Joannis mirabiliter prolatis non commoveretur, et eas, ut divinas non teneret et vocitaret? *Quis* fuit frigidus spectator ad audiendam vocem terribilium veritatum? *quis* non trepidatus, dum de morte, judicio, aut pœnis inferi loqueretur? *Sed* tantum civitas mirabilem præconem et quasi divinum auscultavit? Nequaquam: omnes populi hujus latissimæ Diœcesis, provinciæ dissitæ, longeque disjunctæ, maxima constantia *verbum evangelicum* claritate magna, simplicitateque mirabili labiis suis didicerunt: et ita id frequentius ac perfectius faciebat, ut ministerio prædicationis solummodo dicatum esse videretur. *Quid* plura? Omnia tuetur, omnia servat, omnia in ordinem adducit, Ecclesiis suæ Diœcesis adest per se, ne turpiter aliorum fraude deciperetur, ministros consecrat, disciplinam universaque restaurat, vel nobis statutis vel antiquorum observantia. *Quo* modo hæc perficit omnia? Attendite fideles: indulgentia Pastoris, qui vim auctoritatis suavitate miscere scit: Patris prudentia, qui suum munus admodum adimplet sine dissimulatione criminis: æquitate judicis omnia æqualiter videntis, solaque ratione ducti: Pontificis constantia, qui paratus est pro salute populi sui Divinum Numen sacrificio vitæ placare: ferventi animarum zelo, qui nec commodum, nec requiem, nec cibum, nec potum desiderat, sed itinerum asperitatem superare, climatum varietates, molestiasque experiri, in montium cacumina ascendere, pluviarum imbribus madefieri, fluminum torrentes trajicere; eximio religionis studio, ardenti Dei amore, prudentia, mansuetudine, humilitate, paupertate, uno verbo, virtutibus omnibus,

quibus subditi recreabantur, et omnes fideles vel inimici status ecclesiastici, illum ingenti plausu, effusisque laudibus prosequabantur.

¿Quid plura? innumera supersunt adhuc, quibus recensendis, nec mea, nec alicujus oratio satis erit; et mea quidem non finem haberet, si tanti Præsulis singularum virtutum et magnalium gestorum, et egregiorum meritorum affatim vellem meminisse. Non autem tacere oportet posthumum ¡heu! permagnum vero, et ante hunc diem inauditum honorem tam egregio Pastori sponte magnaue Ecclesiæ et reipublicæ nostræ jucunditate paratum ab inclito PIO IX propter eximiam ipsius de Joanne Cajetano mentem, non immerito quidem, verumtamen inenarrabili omnium miratione conceptam. Mechoacanensis Episcopus nunc coram universo catholico in sacro Romano Ecclesiæ Senatu primus Cardinalis mexicanus inclamatus apparere debuisset. Nunc eximius hic Antistes nobis jucundissime recensendus fuerat in parvo illo, sed selectissimo numero virorum sapientia, ingenio, ac virtute præditorum, ex quibus tam illustris Senatus coalescit: ex quibus et in quos excidunt, et communia suffragia incidunt supremum Ecclesiæ pastorem designantia; virorum inquam, Summi Pontificatus propter hierarchiam Ecclesiæ, limina tangentium; quod non nisi magnis, longisque laboribus apud externos solet obtineri; quod Reges ipsos Romanæ Purpuræ splendore pertentat, effundendi causa gloria eximii sacerdotii christiani quod nunquam perremotissimis mexicanæ Ecclesiæ incunabulis, omnibusque Americæ Regionibus usque nunc splendescere visum fuit. Illud, auditores, illud Ilme. Domine, illud Mechoacanensis regio, illud, ¡o vos omnes sanctæ catholicæ Ecclesiæ adiectissimi, illud, Pastores venerabiles nostrarum omnium Ecclesiarum, illud Religionis, Patriæ nostræ splendo-

ris, cupidissimi, illud ¡proh dolor! fideles et cives, jam paratum erat tempora nostri magui meritissimè cingere, ultimo lauro, vitam illam pretiosam inter tot ærumnas, tot labores, tot anhelitus, totque laudes et virtutes longe provectam, motu proprio regnantis nostri Pontificis gloriosissime coronare. ¡Hoc jam fama patria pervagatum corda nostra mira quadam anxietate, desiderio æstuque tangebat! ¡Ut omnes lentissimum temporis cursum impatientia nostra sentiebamus! ¡Ut tanti honoris certiores factos esse indesinenter curabamus! ¡Jam prope lux aderat qua Episcopum nostrum novo almoque splendore indutum, Ecclesiæ et Patriæ conspiceret et salutare, festinanter adesse videbantur! ¡Jam!... Sed.... ¡O mors, gloriæ, nostræque felicitati infensissima! Illi, nobisque, inimica, invidaque adstitisti; stamina vitæ novæ merentis crudeliter secasti; Ecclesiæ, Patriæque nostræ gaudium arripuisti, spem misere in tumulum projecisti! Tu.... ¡sed quorsum pergo.... hæc vacuis cogitationibus humanæ gloriæ...? ¡Quorsum ego.... his luscis imaginibus?...? ¡Quorsum ego?...? ¡Vanitas vanitatum et omnia vanitas! ¡Quid illi profuisset totum orbem humanæ gloriæ irradiationibus implere, si non plus mortalibus, ultra tumulum, nisi virtutibus, fas est penetrare? Pretiosa in conspectu Domini mors justissime agnoscitur et conclamatur, non regum profecto, non magnatorum principum, non hujus mundi sapientum, non clarissima sæculi misera, lugentique celebritate insignitorum, non Ducum perillustrium historia laudatorum, qui triumphis ornati gentes ditioni suæ quam latissimæ sumissas habere sunt consecuti, non Cardinalium certe, immo Summum Pontificatum exercentium: ¡quorum igitur pretiosa mors? Arrectis auribus adeste, Christiani auditores, divinis ipsis Æternæ Sapientia oraculis. „*Pretiosa in conspec-*

tu Domini mors sanctorum ejus En quod unice cordi nostro conturbato quid solatii præstat: en suavissimum religionis levamen, quod dolori intenso et angori summo nos cogere debet, si non finem jam, saltem modum imponere. Ille, credite, de terra, ad cælum advolasse, eximiis virtutibus lucidissimè indutum, Ecclesiæ laudibus cumulatū, et omnium benedictionibus adauctum. Ille regnat in cælis beatissimam æternitatem arripiens, quiescit nunc et sine fine gaudebit....

¡Quis vero, Æquissime Pater, apud quem non est acceptatio personarum, nec distinctio inter servum et liberum, quis est consiliarius vester? Præclarissimus Joannes, Status et Ecclesiæ columna fortissima. integrum virtutis exemplar, scelerisque purum, Patriæ amabilis et augustæ Religionis propugnaculum, juventutis lætitia, virilitatis honorificentia, senectutis gloria, inter æternitatis umbras occubuit.... ¡Fuit autem, Mitissime Deus, amore.... an odio dignus? Si ex factis tam magnis, tam egregiis, tamque illustribus nobis sortem ejus præsumere licet; piè credimus cursum feliciter consumasse, bonum certamen certasse, fidemque servasse; ideoque de sede episcopali ad sedem cælestem, de mitra ad coronam, de vinculis ad libertatem, de labore ad requiem, de periculo ad securitatem, de miserrima vita, si vita hæc peritura dicenda, ad vitam inamissibilem inter beatorum cætus volasse. Sed si charissimo Antistiti nostro aliquid pœnarum luendum supersit, ¡Deus, Pater misericordiarum! pronus ad miserationem esto; ¡Pater totius consolationis, exhibe Præsuli nostro consolationem; vide plorantes, exaudi gemitus Ecclesiæ sponsæ, solatium præbe, et absterge lacrymas quæ sunt adhuc in maxillis ejus. Tu qui maculas inter splendidissima scintillantia et emicantia cælorum astra,

et inter ipsas justitias invenis, ne respicias Joannem.... sed respice cruentissimam hostiam illam, quæ olim in Golgotha oblata, suo sanguine omnia peccata delevit, et univsum mundum redemit. Fac per tuam piissimam misericordiam, ut mitigatis Joannis ardoribus, ad æterna gaudia ipsius anima perducatur, et in sinu pacis ille pace requiescat. AMEN.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

COMPOSICIONES CASTELLANAS

QUE SE CITAN

EN LA PAGINA 31,

CON LAS CUALES SE ADORNO

EL PRIMER CUERPO DEL CATAFALCO.

EN EL LADO FRENTE AL CORO.

Traidora muerte, que con fuerza extraña,
Cortas de PORTUGAL la cara vida,
Mui bien sentido está, que tu guadaña
No solo á aquel varon fué dirigida:
Saciada quedará tu horrible zaña,
Satisfecha serás, cruel homicida:
Si á PORTUGAL tu dardo dirigiste,
A todo un pueblo en PORLUGAL heriste.

AL LADO DEL EVANGELIO.

Sabio legislador con lazos de oro
PORTUGAL las facciones encadena:
Tanta es su habilidad, gracia y decoro,
Que á todos rinde sin dolor, sin pena;
Y la patria infeliz enjuga el lloro
Cuando su voz en la tribuna suena:
Por eso al exhalar hondo gemido
Explica bien al héroe que ha perdido.

MIRANDO AL PANTEON.

Deja correr ¡oh Esposa desolada!
Sobre esta pira, tu dolor intenso,
Sublime simulacro de la nada
Que rinde al mundo ante el poder inmenso!
Mas qué! ¿del tiempo en la feroz oleada
De tu Esposo el destino está suspenso?
No muere el genio y la virtud: su gloria
No es fugaz, como el mundo, y transitoria.

AL LADO DE LA EPÍSTOLA.

¡Oh tú que de las letras el destino
Con el cetro del genio gobernabas,
Que á la virtud abristes el camino
Y al talento sus glorias preparabas!
La muerte apaga tu fulgor divino
Con que á tus piés el mundo encadenabas.
Mas no.... Tú vives.... Desde el alto cielo
Del sublime saber riges el vuelo.

COMPOSICIONES LATINAS

QUE SE CITAN

EN LA PAGINA 61.

CON LAS CUALES SE ADORNÓ

EL SEGUNDO CUERPO DEL CÁTAFALCO.

EN EL LADO CORRESPONDIENTE AL CORO SE LEÍA
LA SIGUIENTE.

Afficiamur cuncti Sponsæ funere sacræ,
Et lacrymas demus currere ab ore suo.
Plangatur nobis etiam ipsa miserrima clades,
Causa queis luctus propria et ipsa manet.
Mechoacanus enim Antistes ¡heu! morte premissus
Ecclesiam orbavit, tegmine dempto ovium.....
¡Quid superest aliud quàm ad Cælum tollere mentem
Ejus pro requie, auxilioque Gregis?

*

AL LADO DEL EVANGELIO ESTABA LA SIGUIENTE.

Mansuetudine vicit corda superba malorum,
Flammaque virtutis cœlitùs arsit eò.
Providus et elemens divisit egentibus escam,
Præceptorque pius, bené docebat eos.
Pupillo et viduæ, fuit auxiliator honestus,
Mœstum á vultu ejus, neminem abire sinit.
Hic igitur sua munia, Numine flante peregit,
Hic Pastor demum, omnibus omnia erat.

EN EL QUE MIRA AL PANTEON, ÉSTA.

Magne Sacerdos et Præsul, fautorque bonorum
Ecclesiæ Princeps, qui illam præ corde tenebas,
Palladis atque tuum Imperium, qui fœdere inisti
Lumineque amborum solerter corda replebas:
Qui facile omnes fama atque ingenio superasti,
Et dictis et factis pro charitate stetisti.....
Ast migrasti.... frustra te, mœrore gementes,
Iam veniente die jam decedente vocamus.

EN EL LADO CORRESPONDIENTE AL DE LA EPÍSTOLA
ÉSTA ÚLTIMA.

Ut plectra Israelis Populi Babylone manebant
Suspensa é ramis silicium, ob fera vincula ferri
Illic quæ tulerat, nec lætos edere cantus
Æquum erat illi; sic ¡Morelia! facere oportet
Signa ut suspendas atrata é mœnibus altis,
Curesque omnia quæ ad te, notis spargere luctùs.....
Inclytus ecce Joannes, accidit ire sub umbras.....
Atque sua, fatale, tulisti morte, flagellum.

LA URNA

QUE DESCANSABA EN EL SEGUNDO CUERPO DEL CATAFALCO

ESTABA ADORNADA EN SUS CUATRO LADOS

CON LOS SIGUIENTES EPIGRAMAS.

(CITADOS EN LA PÁG. 31.)

I.

AL LADO DEL CORO.

Ecclesiæ jus tenuit, exiliumque ferebat
Pro Grege servando, munera Episcopi amans.

II.

AL LADO DEL EVANGELIO.

Sermone atque opere insignis fulgebat: honore
Maximus, at major Domini amore fuit.

III.

AL LADO DEL PANTEON.

Clerum ac plebem, magno consilio erudiebat,
Pervigil ut Pastor curat ovile suum.

IV.

AL LADO DE LA EPÍSTOLA.

Paupertatem amplexus, fastum strictus abegit,
Æris inops erat; sed Pietate nitens.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ORACION FÚNEBRE

DEL ILLMO. SR.

D. JUAN CAYETANO PORTUGAL

DIGNÍSIMO OBISPO

—DE—

MICHOACAN,

PREDICADA

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MORELIA EL 12
DE NOVIEMBRE DE 1850.

POR

EL LIC. CLEMENTE MUNGUA

Canónigo de la misma Santa Iglesia,
Provisor y Vicario Capitular del
Obispado.



MORELIA: 1850.

TIPOGRAFÍA DE IGNACIO ARANGO,
CALE DEL VETERANO NUM. 6.



Propiedad de Sr. Juan B. Ygreva

Præterit figura hujus mundi.
I. CORINT. VII, 39.

Pasa la figura de este mundo.



Es aquí pues los siglos, los hombres y los pueblos: la parte positiva de la grandeza y el significado propio de la gloria, el colorido verdadero de esos fantasmas seductores, que subyugando la imaginación esclavizan la existencia, el terrible y soberano resúmen del mundo y de su historia: símbolos tristes, emblemas de dolor, lágrimas y recuerdos. . . . Da un paso el tiempo, y las generaciones desaparecen: da un paso el tiempo, y los desengaños corren el triste velo por todas las ilusiones de la vida: da un paso el tiempo, y arrebatada de aquí la figura de este mundo, para hundirla en el abismo de la nada. *Præterit figura hujus mundi.*

¿Dónde está el Doctor esclarecido, que hacia correr hasta por las aldeas y descender hasta la inteligencia de las turbas el misterioso y sublime libro de la religion y de la lei? ¿Dónde está el sabio, que veía constantemente llegar á su modesto retiro los homenajes ilustres decretados por la admiracion al talento y á la virtud? ¿Dónde está el ciudadano eminente, que hacia triunfar la elocuencia en las tribunas de la nacion? ¿Dónde está el Mecénas, á cuyo noble arrimo se crearon tantas reputaciones insignes? ¿Dónde está aquel, cuya mano abierta como su corazon sobre las miserias de los pueblos, parecia multiplicar los panes para saciar la multitud, y prodigaba dulcemente los consuelos á la humanidad atribulada? ¿Dónde está el venerable Pontífice, cuyo rostro encendido como el de Moises por el reflejo de Dios, persuadia la virtud antes de desplegar sus labios, y predicaba la fe con sola su presencia? ¿Dónde está el Ambrosio de la Iglesia mejicana? ¡Ah! mis voces se pierden en el sepulcro, como los gritos del viajero en las vastas soledades: los recuerdos inanimados vuelven el eco del corazon; mas nuestros ojos que ya no ven al grande Obispo, lloran sin medida y se fijan sin consuelo sobre ese monumento lúgubre terriblemente engalanado con los trofeos de la muerte.

La existencia humana, señores, como los rios que atraviesan el inmenso golfo, cruza la corriente de los siglos, y estos mismos vuelan constantemente á sumergirse en el seno de la eternidad. De esta manera pasa cuanto vive sobre la tierra, presentándonos el mundo como una brillante quimera, como un ser fantástico, como una figura transitoria. *Præterit figura hujus mundi.*

¡Triste condicion de la naturaleza humana, pues ni la misma inteligencia está libre del dominio de la vanidad! “Si yo he de morir lo mismo que el necio, decia aquel magnífi-

co monarca que habia hecho á los reyes tributarios de su genio, ¿de qué me sirve el haberme aplicado con el mayor desvelo á la sabiduría?”¹ Si en esto habian de terminar los nobles atributos y las producciones eminentes de tu alma sublime, gran Pontífice, ciudadano ilustre, ¿porqué te consagraste con tanto afan á recoger en tu mente los rayos de luz que difundias por tu Iglesia y por tu patria, aprisionando tus dolores en las páginas de los libros? Tú sorprendias al mundo: ¡triste conquista, pues sorprendias una forma vaga, una imagen fugaz, una figura que pasa rápidamente, para nunca volver!

Pero qué, ¿el oráculo del Apóstol proscribete para siempre los destellos de la sabiduría, y no deja ningun asilo para la verdadera gloria? Señores: si el mundo es una figura, es porque tiene una realidad: si el tiempo arrebatara su imagen entre sus olas, la eternidad aprisiona sus consecuencias y fija para siempre sus destinos. Muere el sabio, así como tambien el necio; mas la sabiduría verdadera, eterna como Dios, sacudirá el polvo de los sepulcros, para proseguir su magestuosa carrera bajo el esplendor perdurable de aquel astro que no tiene oriente ni occidente. Estas tristes solemnidades liquidan el corazon y bañan de lágrimas los ojos. Dios nos deja llorar, porque es el Autor de la naturaleza, y ha dado á nuestra vida por morada un campo vastísimo de tribulacion y de llanto; mas esa pira denuncia un gran misterio: es el trofeo de la religion sobre la muerte. Ese túmulo levantado sobre los pavimentos de la casa de Dios, posando sobre sepulcros, oprimiendo las generaciones y mirando á los cielos, rival triunfante de las pirámides y los obeliscos, salva la gloria del naufragio del tiempo, é inclinándose

¹ Ecles. Cap. II, v. 15.

nuestra frente ante el Supremo *Rei para quien todo vive*, acrisola la virtud y garantiza la inmortalidad.

Sí, señores: ante ese luto sublime de la religion puede citarse al mundo, para que comprenda su origen, sus leyes y sus destinos. Ahí tenéis el pensamiento de Dios y el pensamiento del hombre, el poder de Dios y el poder del hombre, la gloria de Dios y la gloria del hombre. Bajo sus basas reposan los siglos; en su cúspide brilla la eternidad. Como la columna misteriosa de Israel, ese túmulo está juntamente bañado de esplendor y cubierto de tinieblas: si le veis por uno de sus aspectos, os revela con sus dolorosos emblemas el poder irresistible de la muerte sobre la magestad, la grandeza y la gloria del mundo: si volvéis á otra parte vuestros ojos, descubriréis con trasporte el triunfo de la virtud sobre el dolor, de la esperanza sobre la muerte, y de la eternidad sobre el tiempo.

El tiempo, señores, con todo lo que mide en sus instantes y arrastra en su curso, es decir, el poder, la grandeza, los honores, la riqueza, la prosperidad, la sabiduría, la gloria misma, andan su carrera misteriosa presentando una faz á los cielos y otra faz al sepulcro. Con sus dos faces atraen al hombre, y el hombre dotado de libertad puede, como todo lo que posee, elevarse á la gloria ó inclinarse á la muerte, recibir la cadena de oro del tiempo que perece, inmolando en la nada cuanto mas grato le habia parecido en el teatro de la vida, ó bien hacerlo entrar todo en el pensamiento sublime de su fin, y arrebatár al dominio del tiempo lo único que no le pertenece, las obras imperecederas de la virtud, que dejando atras los siglos, vuelan á incorporarse de lleno en los atrios inmensos de la eternidad.

¡Desdichado de aquel que, apasionado irresistiblemente de las formas aereas de este mundo que pasa, como dice el

Apóstol, no tiene donde volver su corazon cuando le falta un objeto querido! ¡venturoso mil veces el que viviendo siempre bajo el influjo consolador de la fe y de la esperanza, no pone sus afectos en las criaturas, sino para ver en ellas esa escala mística de caridad, por donde asciende el corazon hasta perderse en el seno de aquel Ser incomprendible y eterno de donde emana toda la creacion!

¡Qué me resta pues, sino llamar el triste acontecimiento á la region de lo infinito, y asirme de la fe y de la esperanza, para mirar á mi heroe colocado ya en la eternidad! La santa Escritura nos enseña que la muerte es como la vida: la vida será pues el bálsamo para curar la herida consiguiente á una pérdida tan dolorosa.

Hai hombres que vienen al mundo y se retiran de él de una manera desapercibida: hai hombres que al descender al sepulcro miran volver á incorporarse en Babilonia, cubiertos de luto, pero sin perder sus encantos, ese pueblo de fantasmas que alimentaban su vanidad y su soberbia: hai otros que atraen muchas lágrimas á su postrimera mansion, porque dejan en la tierra mil plantas parásitas que solo vivian de su beneficencia y de su nombre, pero á los cuales no se les vió nunca volver á Dios lo que es suyo, y siendo benéficos é influentes, no se les pudo encontrar caritativos y santos. Hai otros empero, que nacen á la fe, viven en el culto de la esperanza y cierran sus ojos en el lecho de la caridad; que siempre atentos á su verdadero fin, tuvieron la firmeza noble de no reservar nada para sí, ni admitir cosa que no pudiera referirse á Dios, y que para valerme de la expresion del sabio, brillaron sobre los pueblos, presidiendo á todas las glorias, durante su vida, y bajáron al sepulcro precedidos de todas las esperanzas, acompañados de todas las virtudes y seguidos de todas las bendiciones; salvando así su

nombre y sus destinos de las condiciones transitorias del mundo.¹

Bajo este punto de vista, señores, intento colocarme y colocaros, para pagar este último tributo á la memoria venerable del ILLMO. SR. D. JUAN CAYETANO GÓMEZ DE PORTUGAL, DIGNÍSIMO OBISPO DE MICHOACAN, EX-DIPUTADO Y SENADOR, EX-MINISTRO DE ESTADO, SOCIO DE VARIOS INSTITUTOS, ASISTENTE AL SOLIO PONTIFICIO, Y CARDENAL *in pectore*² por la munificencia de Nuestro Santísimo Padre el Señor Pio IX.

¿Cuál es pues mi deber en tan triste solemnidad? Pintar la verdadera gloria describiendo la virtud, y manifestar que la virtud es inseparable de la religion. Encargado de pronunciar un elogio fúnebre en la casa del Dios vivo, debo revelaros el designio que está representado en la vida del personaje ilustre y venerable cuyo sepulcro recoge hoy nuestras lágrimas y nuestros votos. Dios tuvo sin duda un designio cuando quiso reunir en una sola frente los laureles cívicos y las coronas sagradas; y este designio, señores, nunca brilla con caracteres mas espléndidos que en la época presente. Nuestro siglo busca la gloria en lo positivo, cifra lo positivo en los goces, y reconcentra los goces en la esfera de los sentidos. Mas la religion juzga de otra manera: nunca separa de la gloria la virtud, y siempre funda en esta los goces del espíritu, la paz de la conciencia y el sentimiento indefinible de una feliz eternidad. El mundo lleva ya mucho tiempo de querer introducir un cisma entre los atributos de la gloria, contraponiendo casi de or-

¹ Si permanserit, nomen derelinquet plus quam mille; et si requieverit, proderit illi. Ecli. XXIX, 13.

² Véase la nota A, al fin de esta oracion.

dinario á las glorias de la religion las glorias de la sociedad; mas la fe, mostrándonos á Dios al frente de todas las cosas, todo lo tiene sometido al imperio de aquella unidad celestial en la que todo vive, y de la cual no se desprende cosa alguna, sino para volver á la nada. En este punto la religion y la sociedad son tan inseparables, como el buen cristiano y el verdadero patriota. La religion y la patria, señores, vierten á la par sus lágrimas sobre ese sepulcro, y á mí me corresponde explicar este sentimiento comun, para que brille la gloria de Dios en esta santa solemnidad de la muerte, como resplandeció tambien durante el curso de una preciosa vida. Quiero hablar, ménos á la admiracion y al reconocimiento, que á la imitacion y á la virtud; y si traigo á la casa de Dios la imágen de la gloria que puede adquirirse en la sociedad, es para dejar profundamente grabadas en vuestras almas dos grandes verdades, nunca mas fecundas que hoy; porque nunca se ha trabajado más en desnaturalizar las grandes ideas de la gloria, y en cortar el indisoluble lazo que une bajo la accion de la Providencia la idea política y la idea religiosa. Tócame, señores, probaros con el resumen de una vida llena de grandeza, que la religion domina todas las glorias, pues forma no solo al sacerdote, sino tambien al ciudadano; que á ella pertenecen esos caracteres grandes, eminentes, sublimes, que han llevado á la mas alta perfeccion las virtudes sociales; y haceros por último sentir cuánto debe el mundo á la institucion augusta del episcopado. Sin embargo, al explicarme de esta suerte, no me propongo establecer una division, sino prevenir una consecuencia. A veces el método es demasiado frio, y el sentimiento es mas lógico de lo que se piensa. Yo referiré los hechos; vosotros decidiréis sobre la cuestion de la gloria. No intento preocuparos; debo sí dirigiros.

*Cuando yo fuere elevado de la tierra, atraeré á mí todas las cosas.*¹ Esto decía Jesucristo pocos días ántes de entrar al Cenáculo, pasar el Cedron, penetrar en el Jardin de las Olivas y subir al Calvario. Esto dijo el Salvador del mundo; y al explicarse de tal manera, pronunciaba una sublime profecía sobre el porvenir de la humanidad. Habló, y ya desde entonces los destinos de la sociedad, como los caracteres de la virtud y los atributos de la gloria, quedaron pendientes de la cruz. Fueron aquellas palabras la solución indirecta de todos los problemas que se habian estado agitando de cuatro mil años atras en la razon de los siglos y en el curso de los acontecimientos. La palabra tuvo ya una idea, y la idea tuvo una realidad en las virtudes espléndidas con que el cristianismo vino á enriquecer á toda la sociedad moderna.

La virtud, señores, lo mismo que la verdad, tiene caracteres únicos, y por lo mismo, donde falten estos no pueden hallarse aquellas. Lo mismo sucede con la gloria. Si ella no ha de partir de la convicción universal producida por un bien positivo, la gloria es una quimera, es una impostura, es una mentira. Yo bien sé que el mundo no piensa de esta manera: tan reducido en su comprension, como errado en su criterio, ni comprende la virtud, ni legitima nunca la celebridad: localizando siempre la virtud y la gloria, las hace morir. Rei de los sentidos y vasallo del sepulcro, vedle siempre bogar entre nacimientos y muertes, entre ilusiones y desengaños; precipitar el torrente de su execración sobre los hombres y las cosas que ayer estaban atrayendo sus inciensos y su culto, desarrollar una constancia sin ejemplo

¹ Joann. XII, v. 32.

en sus máximas, en sus opiniones y en su conducta, traer siempre á la discusion el merecimiento, inmolar la virtud en el escepticismo, y trasformar la gloria en un brillante fantasma que gira sin cesar entre el fanatismo y la duda.

La gloria sin embargo, señores, como la verdad y la virtud, no podian tener condiciones tan miserables ni destinos tan precarios: necesitaba sin duda principios mas fijos, medios mas seguros y resultados mas infalibles; y como la fijeza, la seguridad y la infalibilidad, en toda la extension de sus términos, no es posible que se produzcan jamas por una causa contingente, débil é inconstante, la gloria verdadera, como la verdad esencial y la sólida virtud, no aparecieron en su plenitud, sino con la mision que trajo de los cielos el Santo Fundador del cristianismo. He aquí las verdades que brotan de toda la historia moderna, las convicciones que deja profundamente arraigadas en el alma el estudio de diez y ocho siglos. Desde que la virtud contó con un criterio y la verdad con una institucion, la fama tuvo un canal mas puro, y la gloria pudo atravesar sin inconveniente por la vasta carrera de los siglos, á pesar del inevitable término de todas las grandezas humanas. La gloria en otro tiempo parecia quedar solo para fecundar á los oradores é inspirar á los poetas. El genio especulaba con los recuerdos, la celebridad no tenia poder alguno para enjugar las lágrimas del corazon, y en este caso convendréis en que no era nada. Porque, señores, si la gloria es para quien la conquista, ¿qué es la gloria cuando él ha perecido? ¿Sino ha de ser para él jamas, ¿á qué fin darla el nacimiento? ¿Con qué recursos puede contar el genio para inspirarse, ni la virtud para sostener sus terribles combates?

Felices nosotros, que podemos discurrir sobre la gloria enfrente de los sepulcros, y rendir ante la imagen siempre

viva de la esperanza, los escombros de los siglos y los trofeos de la muerte. La religion cristiana cifra siempre la gloria en la virtud; mas nunca reconoce la virtud fuera del círculo en que al mismo tiempo giran su accion y su pensamiento. Ella, señores, ha bañado con un esplendor purísimo los Estados y los siglos que han vivido de su espíritu; pero es precisamente porque solo ella produce, afirma y conserva las virtudes sociales. ¿Qué prueba mas brillante pudiera daros aquí, que la vida literaria y social del ilustre personaje que lloramos?

Sin duda que es un grande y bello espectáculo el que nos presenta una cuna en que se mecen juntamente las infancias del hombre, del genio, del honor y de la gloria; una vida donde comienzan á correr los anales del propio merecimiento, y á desenvolverse en la inteligencia y el corazon los gérmenes preciosos de la sabiduría y la virtud, como es bello á par que sublime ese criterio católico, que si admite las tradiciones de familia, la alteza de rango, la luz de una historia gentilicia, es como una comitiva exterior que se honra y engrandece con el mérito propio de la persona á quien rodea. El genio de esos grandes caracteres sociales que llaman con viveza la atencion del mundo parece desdeñar con cierta magestad las fechas de privadas genealogías y el empeño de engrandecer las dimensiones de una familia, para incorporarse de lleno en las épocas, y darse todo á los destinos del género humano. El nacimiento y la muerte de los grandes hombres parece coincidir con las épocas mas señaladas del mundo. Los antecedentes del genio y de las altas virtudes sociales tienen su rango de familia en el gran cuerpo de los bienhechores de la humanidad: sus fechas son en cierta manera históricas, porque vienen á refundirse, digámoslo así, en las que andan al frente de las vicisitudes políticas

y morales de las naciones. Cuento en este número al Illmo. Sr. Portugal, pues miétras de todas y por todas partes corria bajo las basas de la sociedad universal el tenebroso y horrible trabajo de una reaccion organizada contra el poder moral, filosófico y político de diez y siete siglos, vino al mundo juntamente con otros hombres insignes, á quienes preparaba ya la Providencia para reorganizar la sociedad. Tengo razon para creerlo así, vuelvo á decir, pues nacido diez y seis años ántes de la revolucion francesa, figura en nuestra historia patria como uno de los sabios mas esclarecidos que han explotado sus consecuencias políticas en pro de la República mejicana.

Aquel carácter enérgico, aquel juicio sólido, aquel espíritu noble y elevado dieron su crepúsculo en el seno de su familia y desde los primeros dias de su infancia. Señores, el genio se anuncia como la grandeza; la virtud brilla aun en la oscuridad donde se coloca; y si alguna vez lo futuro viene á formularse en lo presente, es precisamente durante esos periodos por donde se desarrolla, para tocar á su completa madurez, el carácter de los hombres insignes. Tal se muestra á mis ojos en su vida literaria y política el sabio incomparable, el ciudadano ilustre á quien lloran hoi sobre ese túmulo las letras y la patria.

Propóngome seguir en él la carrera del sábio, y le veo con cierta especie de trasporte desarrollando ya desde el principio aquel poder sublime de la inteligencia con que se dan á conocer los talentos clásicos desde la infancia de su celebridad. Ellos retribuyen al céntuplo los honores que reciben, y por esto el Seminario de Guadalajara y su ilustre Universidad están cubiertos hoi con el esplendor de su gloria; por esto los pensamientos del grande hombre andan germinando en el talento de muchos sabios, y por esto cada

dia parecen rejuvenecer en Jalisco las memorias del Sr. Portugal, relativas á la época en que desempeñó con tanta gloria el magisterio ilustre de las ciencias.

Tal es el privilegio del sabio. Mas esta sabiduría tan codiciada en todos los siglos, esta sabiduría con que filósofos y políticos buscaban constantemente la gloria, fallaba siempre, bien lo sabéis, en los momentos mas críticos de la prueba, y por eso nada era tan precario y tan dudoso como la gloria. A vos ¡o Dios mio! estaba reservado hacer bajar al corazon las concepciones de la inteligencia, y formular en las grandes virtudes los felices efectos de la doctrina y de la ciencia. El Illmo. Sr. Portugal, como el insigne Bossuet, buscaba siempre en el gran código del mundo regenerado las máximas preciosas que forman al ciudadano: sabia mui bien que el corazon del sabio se ha de abstener del mal, y que en la observancia diligente de la justicia está cifrada la primera condicion de la gloria. ¹

Ya no me admiro, señores, de ver á este hombre incomparable mui jóven todavía, y cuando aun no habia recibido alguna de las altas condecoraciones de la Iglesia ó del Estado, disfrutar en la capital de Nueva Galicia entónces aquellas consideraciones distinguidas que irresistiblemente atraen sobre sí los grandes hombres, por el rango personalísimo en que los colocan el genio, el talento, el saber y la virtud. Ya comprenderéis que os hablo de una época y un teatro que, si han recibido los apodos de *oscuros* por la miserable superficialidad de nuestros dias, eran sobremanera respetables á los ojos de los verdaderos sábios: os hablo de Méjico en una de sus mas brillantes épocas; me refiero á un tiempo en que se preparaban las ilustres carreras que mas hemos ad-

¹ Eccli. 3, 32.

mirado despues en los altos personajes de la nacion, en que figuraban hombres que han recibido los honores del talento en las córtes de Castilla, hombres que han estado al frente de los negocios públicos ocupando la primera magistratura de la nacion, en que se educaban hombres que han llevado con honor despues la cartera de gabinete en los ministerios de Estado, en que la milicia tenia sus capitanes insignes, la toga eminentes jurisconsultos, la Iglesia sabios doctores, en que las ideas se desarrollaban con increíble precocidad, en que el Episcopado por último tenia modelos de todos géneros en la santa Iglesia mexicana: os hablo de un tiempo en que se andaba y padecia mas que ahora para llegar á los últimos honores de la carrera, y en que todavía no empezaba á correr la era de las apologías. ¡Cómo encaecer bien el eminente mérito de un hombre que tuvo una primacía de eleccion para dirigir la voz de la Iglesia al primer cuerpo electoral del Estado, que recibió tantas pruebas de estimacion y de concepto en aquella ilustre sociedad, que tuvo el honor de poseer en alto grado la confianza del Illmo. Sr. Cabañas, y el timbre bien raro de un voto académico, emitido espontáneamente para recompensar su saber y su elocuencia? ¹ De este modo su nombre corría entre las alabanzas de los pueblos y el testimonio de la Iglesia. ¡Brillante corona que pone el Espíritu Santo sobre la frente del verdadero sabio! *Sapientiam ejus enarrabunt gentes, et laudes ejus enuntiabit Ecclesia.* ²

Pero los años corrían en tanto, y apresuraban la venida de aquella época en que nuestra patria, saliendo de la tutela de tres siglos, habia de alistarse en el catálogo de las na-

¹ Véase la nota B al fin del sermón.

² Eccli. cap. XXXIX, v. 14.

ciones, aquella época en que el país, rendido casi á la penosa contienda que habia sostenido por dos lustros, parecia vacilar entre la consumacion ó el abandono total del pensamiento que se anunció en Dolores en 1810, la época en que los golpes mas terribles, las experiencias mas costosas, los desengaños mas funestos habian como amortiguado el antiguo esfuerzo, y llamaban al terreno del consejo, del cálculo y la sabiduria, la cuestion que se habia debatido sin orden en el campo de batalla, la época en que acaso por la primera vez el criterio político abarcaba en su pensamiento la situacion del país, la época en que iban á sopesarse, digámoslo así, por las mas altas inteligencias de Méjico las esperanzas y los recursos de dos grandes colonias para llegar á la independencia. Era necesario reunir á los grandes hombres, y no existian aun en el punto de exageracion que hoy conocemos esas rivalidades políticas que han venido á crear entre nosotros cierta especie de escepticismo cuando se trata de recompensar el mérito y la virtud. Las reputaciones de esta época estaban acrisoladas en todas las pruebas, y podian pasar á la posteridad sin el inconveniente de la duda. Una de estas reputaciones esclarecidas fué la del SEÑOR PORTUGAL: nuestros fastos nacionales le presentan como uno de los individuos á quienes fué cometida la promocion de nuestra independencia, y en tan célebre junta, impelido por una confianza y un honor sin límites, desenvolvió aquella imponente actividad, cuyo recuerdo se conserva todavía mui vivo al cabo de treinta años.

No todos los tiempos son igualmente propicios para la celebridad: hai siglos estériles y siglos fecundos, y la realizacion de la independencia de Méjico forma una de estas grandes épocas donde la posteridad ve incorporarse de lleno á los héroes y á los sabios de primer orden. No podia ocul-

tarse al Sr. Portugal la conquista que acababa de hacer para su nombre; pero esto, que hubiera sido ya mucho para la ambicion, era mui poco para la virtud. Tal es la diferencia que media entre el ciudadano que forma la política y el ciudadano que forma la religion: el uno se ve á sí mismo; el otro ve siempre á la patria: el uno complica sus intereses con los intereses sociales; el otro inmola sus intereses y sus esperanzas en las aras de la prosperidad pública: el uno ve siempre al pueblo por lo que de él espera; el otro ve siempre á Dios por lo que de sí desconfia: el uno arrastra con pena los disgustos por entre la carrera de los aplausos; el otro soporta con dificultad los honores por el sendero de los sacrificios y el teatro de las sólidas virtudes.

De esta manera admiro el genio de la religion en el carácter social de tan esclarecido personaje; y no me sorprende ya que esos tributos de honor, que tanto relajan á veces los resortes del merecimiento, no enerven sus facultades ni detengan sus pasos por la carrera de bien. Vedle, si no, en el gran sistema de su vida política; seguidle por esa carrera vastísima que anduvo entre la admiracion y el reconocimiento. La independencia, que para otros era un objeto final, se presentó siempre á su vista como la grande transicion de un pensamiento que arrastraba de continuo su corazón á la sólida ventura, progreso legítimo, goces reales y grandeza bien entendida de su patria. Ved cómo domina esta idea en todos los pasos de su carrera pública, cuál se sobrepone á todas las dificultades, y cómo triunfa en las situaciones mas imponentes y en las crisis mas terribles. ¿Quién de todos los que me escuchan, quién de todos los mejicanos echará nunca en el olvido aquella época para siempre memorable, en que desarrollándose sobre las opiniones no sé que influencia fatal, electrizó las pasiones políticas hasta el extremo de

precipitar aquella tremenda crisis que tuvo su desenlace en la espulsion de los españoles? ¿Y quién podrá recordar esta época sin ver descollar entre todas sus eminencias históricas la imágen respetable y gloriosa del esclarecido ciudadano que ha perdido nuestra patria? Preocupaciones funestas, intentos mal encubiertos, ambiciones rayando en frenesí, odios rápidamente encendidos al fuego devorador de las pasiones de partido, cálculos en que todo el porvenir se sacrificaba ante los mal entendidos intereses de lo presente, plantaron aquí y allá la semilla funesta que vino á dar sus frutos en una ruina que la nacion mejicana no reparará nunca: en ese golpe funestamente memorable que hizo sucumbir ante las legiones armadas á los augustos representantes de la nacion, y que con el ejemplo mas humillante que presenta nuestra historia, parecieron desplomarse sobre los padres conscriptos las techumbres del santuario que encerraba con la magestad de las leyes todo el porvenir de la nacion mejicana. *Union*, dijo el héroe de Iguala, y un solo dia, una sola hora, un momento solo, por ventura, resolvió la cuestion de tres siglos. *Espulsion de españoles*, pronunciaron algunos malogrados caudillos, y en el mismo santuario de las leyes quedó violado el pacto, desapareció el grandioso elemento de la prosperidad pública: las pasiones vieron brillar su dia; pero la nacion jóven empezaba ya á sentir la parálisis que tan prematuramente habia de orillarla hasta el sepulcro. ¿Quién conjurará esta tormenta? ¿quién pronunciará el *hasta aquí* al desenfreno de los partidos? ¿quién desplegará sus labios, para reclamar en frente de las furias indómitas los sacros deberes de la justicia? ¿quién volverá por la causa de la religion y de la moral en el fondo de ese torbellino político? ¡Ah, señores! Todo es en vano para salvar á la inocencia. *Espulsion de españoles*, pronuncia un soldado, *expulsion de espa-*

ñoles grita un tribuno, *expulsion* gritan las turbas seducidas, *expulsion* resuena dentro de los muros encubiertos en que pasan los clubs: es una especie de fiebre que cunde por todas partes. Elimínase de la historia de tres siglos cuanto podia tocar á la compasion y afectar á la gratitud; enloquécese las opiniones, próstitúyese la prensa, envileécese la crítica, condénanse los clamores de la verdad y los acentos de la justicia; y no parece sino que para castigar el perjurio de tantos corazones avasallados á los intereses del momento, Dios dejó caer las tinieblas de la noche sobre las ántes esclarecidas mentes de tantos varones insignes. ¿Dónde está el hombre de esta época? ¿Dónde el varon celoso que ha de lanzar el terrible anatema de la posteridad? ¿Dónde la palabra triunfante que ha de pronunciar la solemne protesta de la verdad, de la justicia y de la religion contra los furores impíos de de una faccion desenfrenada? ¿Quién se atreverá á desplegar sus labios en una crisis tan terrible? ¿Quién querrá ser el mártir de la patria, inmolando la boga del momento y la falsa quietud de la cobardía en las aras augustas del deber? ¡PORTUGAL, insigne PORTUGAL, esclarecido patriota: he aquí tu hora, he aquí tu teatro! A este punto del tiempo, á esta crisis de la patria te llaman tu genio, tu virtud y tu destino. ¡O dias para siempre célebres! ¡O época perdurable en los fastos de la gratitud! En los momentos mismos, señores, en que la iniquidad consumó su obra, la virtud cívica creó un héroe. Partiéronse las entrañas de la grande nacion, rompiéronse los lazos de la inmensa familia, hundiéronse las tradiciones gentílicas bajo las huellas confundidas de un pueblo de proscriptos y un pueblo de perseguidores; pero salvóse la verdad, salváronse los principios en la vigorosa elocuencia del Illmo. Portugal; y él solo, al frente de unos cuantos escogidos por Dios, para que el

error y la iniquidad no prevaleciesen, quedó en pié sobre tantas ruinas, anatematizando lo presente y salvando el porvenir.

¿Qué no podría deciros, señores, si analizando su vida política, ó siguiéndola paso á paso con la mirada profunda de la reflexion, me empeñase en mostrar uno por uno los cuadros magníficos que ella contiene? Todos recuerdan aquella elocuencia varonil, aquella lógica irresistible, aquella fuerza de persuacion, aquel grave peso de autoridad que habian llegado á ser sus caracteres, y que se recordaban con solo su nombre. Sus mismos enemigos en el debate parlamentario rodeaban su tribuna cuando se anunciaba con la palabra, pagando así al orador insigne un tributo de admiracion y gusto, en los momentos mismos en que tronaban tambien contra el antagonista. ¡Admirable triunfo, que no consiguen por sí los mas bellos talentos, si no cuentan con el ascendiente de la autoridad y los respetos de la virtud!

¿Quién extrañará, pues, que aquel carácter social de primer orden haya constantemente fijado la opinion pública para los mas delicados empleos, y que solo la voz de la religion, llamándole á un principado de la Iglesia, pudo haber hecho que hubiese quedado vacía la silla curul que habia ocupado con tanta gloria?

Mas no imaginéis por esto, señores, que su advenimiento al episcopado hubiese apartado su corazon de las exigencias imperiosas, de las grandes crisis, de las glorias ó pesadumbres de la patria. Nunca olvidaremos aquella época en que las facciones triunfantes le mandaban á una parte, y la opinion pública le fijó en otra, en que marchando al destierro entró en el gabinete, y anticipándose tal vez aquella triste melancolía con que agrava el corazon del proscrito la imágen de la pátria, se vió súbitamente convertido por la Providencia divina en un agente de la restauracion social, en

órgano del poder público, bajo la investidura honorífica de *Ministro de justicia y negocios eclesiásticos*, cuando se trataba nada ménos que de restaurar la moral casi perdida, y de reponer á la Iglesia en los derechos que á mano armada la habian disputado las pasiones políticas, desde los escaños del congreso y los palacios de los gobiernos.

Pero qué, ¿es esto todo? Sin duda alguna que ha ganado mucho lustre para la simple celebridad el ciudadano eminente que logra recorrer tantos grados por esta escala bien difícil de honores y de confianza pública: mucho es haber merecido el derecho de sufragio en las juntas electorales, pagado á la patria un cuantioso contingente de saber en las grandes discusiones, oprimido el error sofístico bajo el influjo de una dialéctica irresistible á la faz de ilustres galerías, avasallado el talento de la oposicion entre los aplausos del pueblo y ante la imágen seductora de la verdad triunfante en los parlamentos, encadenado la opinion, electrizado el entusiasmo y subyugado las pasiones con el ascendiente y bajo el poder de la elocuencia tribunicia. Pero vuelvo á decir, ¿es esto todo? Yo interpelo á vosotros, políticos profundos, sabios distinguidos, los que habéis ocupado y ocupáis aún los primeros asientos en la noble galería de nuestros hombres de Estado, los que sentís palpitar vuestro pecho cuando se habla de triunfos y derrotas en las vicisitudes inapreciables de la opinion, los que hojeáis el libro fugitivo de vuestras memorias políticas cuando se trata de caracterizar el influjo vário del talento, del genio y de la accion en la marcha de los negocios y en la suerte de la sociedad. ¿No es verdad que no se han limitado á esto solo vuestras aspiraciones patrióticas? ¡Ah! si en tan excelentes rasgos de un carácter político estuviera cifrado todo el bello ideal del ciudadano influente, la gloria

sería de muchos; pero la gloria es de pocos, porque pocos en verdad llegan al *non plus ultra* del merecimiento y del concepto público. Sea que en esta noble prerrogativa del genio y de la virtud figure solo el cálculo de la inteligencia en el gobierno de la conducta, sea que juegue también con sus caprichos la fortuna varia de los hombres, pocos entre ellos hai que cuenten con la luz y fuerza necesarias para salir del torbellino tenebroso de las contiendas civiles á presentar con una frente limpia y un continente reposado y magestuoso al hombre *sin miedo y sin tacha* de la historia, al héroe civil, si me permitis la frase, que despues de haber electrizado la imaginacion, ha recogido los triunfos mas espontáneos y universales entre las turbas beligerantes, en medio de las crisis mas peligrosas y con el beneplácito de todos los partidos. Esto ya es mucho, señores; esto es todo, porque esto es la gloria en el orden civil; y, demos á Dios las gracias, esta gloria social fué la propiedad cívica, digámoslo así, del Illmo. Sr. Portugal, considerado como ciudadano, como elector, como diputado, como senador, como ministro, como patriota y como verdadero mejicano. Dios nos dió una patria y quiere que la amemos: á Dios vuelva la gloria de que Méjico cuente entre sus hijos un modelo tan perfecto de todas las virtudes sociales.

Pero, señores, decídmelo: si hubiésemos de suprimir de aquí las ideas de la religion; si en la imponente categoría de tantas causas impulsivas de la conducta social no figurase, y en el mas excelso rango, el verdadero fin del hombre, cifrado en amar á Dios sobre todas las cosas, para verle y gozarle eternamente; si con tan penosos é ilustres esfuerzos no ambiciona el ciudadano distinguido sino el incremento de los honores, la boga popular, el respeto y la admiracion del mundo, ¿qué viene á ser todo esto que acabo de presentaros

como un tegido brillante de preciosas margaritas para ornar las sienes de mi héroe? Dicho estaba por el sabio mucho tiempo ántes que la gloria cubriera con sus albores póstumos las elegantes estatuas de los Demóstenes y Tulios, de los Cincinatos y Camilos y también de los Constantinos y Carlo-Magnos. ¡Vanidad! ¡Vanidad! ¿Quién puede pasar su vista por las primeras páginas del Eclesiastes, de este sublime resúmen de las grandezas humanas, que hace la verdad por esencia en el primero de todos los libros, quién, que acabe de leer estas páginas, tendrá todavía calor en la sangre, colorido en la imaginacion, aliento y ánimo, para escuchar sin frialdad esas narraciones fastidiosas de unos hechos, ruidosos é ilustres, si queréis, pero en que no hayan tenido parte alguna la religion y la moral?

Acordaos de aquel rei en quien parecian competir la gloria y la sabiduría; acordaos de aquellos instantes solemnes en que llamando á la revision la historia de un reinado magnífico, pronunció á la faz de los siglos dos palabras que han quedado vivas sobre los sepuleros, para perpetuar en el pensamiento de las edades futuras todos los desengaños: ¡Vanidad de vanidades!! Acordaos de aquel rigor inflexible con que somete á la lei de la nada hasta lo que ménos accesible parece á los embates de la muerte, es decir, las producciones del pensamiento: “Yo he aplicado, decia, mi corazón al pensamiento de la prudencia y de la doctrina, de los errores y desaciertos; mas he visto que aun esto no era mas que allicion de espíritu.” Acordaos de aquel sublime resúmen que hace de la misma naturaleza, aquella vista profética sobre el mundo físico y moral, aquel exámen severo de cuanto pasa en el orbe entre la admiracion y la fama, reducido todo, bien lo sabéis, á la triste condicion de la vanidad: “He presenciado todo cuanto pasa en la tierra, decia, para des-

engañarme solo de que todo es vanidad y afliccion de espíritu." ¹ Pero al ménos, será plácido para el alma el pequeño rato de la existencia: pasa la gloria efímera del tiempo; mas pasa entre las risas y los placeres. ¡Ah, señores! ¡vano consuelo, triste y miserable recurso! ¡i Vanidad!! ¡iii Vanidad de vanidades, y todo vanidad!!!

Si en esto pues, vienen á parar todas las cosas: si las concepciones ilustres, los caracteres eminentes y los hechos famosos, pierden hasta su significado propio en el sepulcro; ¡riquezas, magnificencia, talento, genio, poder, grandeza, celebridad, gloria, términos excepcionales, expresiones negativas con que la vanidad intenta de continuo fascinarse, abandonad por fin nuestro entendimiento y nuestro corazón, para dejar el campo libre á la moral; salid hasta de las páginas de nuestros libros; no vengáis á tiranizar con vuestras imposturas nuestra existencia, atrayéndonos de continuo hácia esos lechos de flores que os complacéis en tender sobre las lozas de los sepulcros! ¡No nos impongáis con vuestros vanos prestigios la dura lei de invocaros, ni ménos aún en estas festividades de la muerte!

Ya no me admiro, señores, de haber visto subrogada la abnegacion de sí mismo en lugar de la grandeza, del brillo y del poder en el código sublime de la gloria: no me pasma ver alguna vez vacíos los tronos, y abandonadas las cortes para poblar los desiertos y habitar los claustros: ya sé por qué los Crisóstomos y Basilios huían, como la paloma amenazada por la saeta, de una mitra que venia á colocarse sobre su frente: no me confunde ver á los Gerónimos y Agustinos desdeñar los laureles de los Demóstenes y Tulios á la

¹ Véase el capítulo del Eclesiastes de donde se ha tomado el fondo de esta prueba.

vista de una cruz de madera: nada tiene de extraño para mí que el ángel de las escuelas católicas haya preferido á Dios sobre todo, cuando Dios venia ex-profeso á ceñir sus sienes con la corona que quisiera escoger en recompensa de la sabiduría con que estaba admirando al mundo. Ya comprendo por qué las rojas palmas del martirio crearon una pasion, digámoslo así, en el pecho de los primeros cristianos, y por qué el Apóstol de las gentes despues de haber visitado el Areópago, no queria saber mas que á Jesucristo crucificado. Todo lo que el tiempo mide y la muerte toca, no merece fijar nuestra atencion: nada de lo que concluye es duradero, y una alma nacida para la eternidad no puede encontrarse bien bajo el cómputo mezquino del tiempo.

¡Infeliz de mí, señores: desdichado tambien de mi héroe, si no hubiésemos comprendido la gloria como la pinta y retrata el Espíritu divino por la boca de Salomon! Su vida entónces y su gloria se habrian evaporado sobre esa tumba, y mis alabanzas se perderian en el desierto, como los estériles brillos de la vanidad en las tinieblas del sepulcro. Pero no es así. Predestinado por la gracia para edificar con las lecciones y los ejemplos de una verdadera sabiduría, el Señor Portugal sorprendió el desengaño en su corazón desde la mañana de su vida. Más instruido en la ciencia de salvarse que en el arte de distinguirse, sabia mui bien el uso que debia hacer de las grandezas de este mundo, y comprendia la eterna subordinacion en que Dios ha querido colocar los atributos de la gloria.

No estaba en su mano, bien lo sabéis, desprenderse de la luz que le rodeaba por todas partes. Por una razon contraria, la gloria sigue al genio y á la virtud, como la sombra sigue al cuerpo. Tembló delante de su fama; entraba en alarma continua al contemplar su influencia; agotaba los recursos

para contrabalancear los espléndidos homenajes que á cada paso se le ofrecian: su deber, desarrollando esa accion maravillosa que tiene tan pocos imitadores, daba un incremento continuo á su grande reputacion, y su conciencia, siempre al frente de la eternidad, parecia convertir en tormento lo que otros codician para su corazon cuando persiguen la gloria. Estudiaba sin cesar sus propios defectos, observaba escrupulosamente su limitacion, retiraba suavemente cuanto pudiera lisonjear su amor propio, y se afirmaba, como una inmensa estátua de bronce, sobre el cimiento de la mas humilde abnegacion, para sostenerse á la vista de su propia celebridad. Inoculó para siempre la gratitud en el corazon de sus ciudadanos, porque amaba al prójimo como á sí mismo; pero cerró siempre las puertas del suyo al concepto elevado, á la constante admiracion que producía y á los tributos eminentes y espontáneos que se le prodigaban, porque nunca quiso ver al hombre en la grandeza, porque amaba á Dios sobre todas las cosas; y ya que no le era posible renunciar á la celebridad; sorprendiendo el secreto de hacerla sólida, quiso incorporarse todo en las glorias inmortales de la virtud. A cada triunfo un sacrificio; á cada homenaje de la tierra una oblacion al cielo; á cada rayo de gloria una secreta confusion: he aquí su táctica, señores, para sostener con vigor y con buen éxito esa no interrumpida contienda que la humanidad sufre durante su travesía por la vida entre los sentidos y el espíritu, entre la religion y el mundo, entre la gracia y la naturaleza, entre la virtud y la gloria.

¡O si me fuera dado analizar aquí, para edificaros con su misma grandeza, todos los eminentes caracteres de su carrera social, seguir uno por uno todos sus triunfos en las grandes vicisitudes de la política, para mostraros en el gran principio que gobierna la accion del cristianismo la fuente de la

prosperidad pública, el agente supremo de la civilizacion y el timbre católico del verdadero ciudadano; mas yo debo llamar las glorias del Señor Portugal á la region de los sentimientos mas íntimos de todos los michoacanos, encarecer su preciosa vida en sus relaciones vastísimas con esta Santa Iglesia de Michoacan y toda la Iglesia mejicana, distraeros del ciudadano al Pontífice, para que observéis la gloria de Dios en el todo mas completo; trazaros el cuadro magnífico de sus virtudes apostólicas; y para ceñirme á una sola palabra, mostrar las glorias del episcopado en el genio y las virtudes de nuestro último Pontífice, dejando correr por todo este respectable auditorio el perdurable lustre de una institucion sublime que ha domado la barbarie, creado la civilizacion moderna, garantido las leyes, conservado el culto, depurado los principios, vindicado la fe, extendido la esperanza, estrechado los vínculos del amor, desarmado al cielo y santificado la tierra.

SEGUNDA PARTE.

Hai, señores, un estado cuyos caracteres elevan al hombre sobre las primeras cumbres de la tierra, para difundir la luz que purifica y enriquece la inteligencia, y el valor que forma las grandes virtudes, regir la conducta de los pueblos y enderezar al goce pleno de la mas alta ventura la siempre difícil y turbulenta marcha de toda la humanidad: un estado de misterio, por explicarme así, en que se personaliza la sublime alianza entre los cielos y la tierra: un estado que reasume cuanto los otros tienen de expansivo, benéfico y fecundo, y en que un solo ministro, tomando á su cargo la suerte y la

para contrabalancear los espléndidos homenajes que á cada paso se le ofrecian: su deber, desarrollando esa accion maravillosa que tiene tan pocos imitadores, daba un incremento continuo á su grande reputacion, y su conciencia, siempre al frente de la eternidad, parecia convertir en tormento lo que otros codician para su corazon cuando persiguen la gloria. Estudiaba sin cesar sus propios defectos, observaba escrupulosamente su limitacion, retiraba suavemente cuanto pudiera lisonjear su amor propio, y se afirmaba, como una inmensa estátua de bronce, sobre el cimiento de la mas humilde abnegacion, para sostenerse á la vista de su propia celebridad. Inoculó para siempre la gratitud en el corazon de sus ciudadanos, porque amaba al prójimo como á sí mismo; pero cerró siempre las puertas del suyo al concepto elevado, á la constante admiracion que producía y á los tributos eminentes y espontáneos que se le prodigaban, porque nunca quiso ver al hombre en la grandeza, porque amaba á Dios sobre todas las cosas; y ya que no le era posible renunciar á la celebridad; sorprendiendo el secreto de hacerla sólida, quiso incorporarse todo en las glorias inmortales de la virtud. A cada triunfo un sacrificio; á cada homenaje de la tierra una oblacion al cielo; á cada rayo de gloria una secreta confusion: he aquí su táctica, señores, para sostener con vigor y con buen éxito esa no interrumpida contienda que la humanidad sufre durante su travesía por la vida entre los sentidos y el espíritu, entre la religion y el mundo, entre la gracia y la naturaleza, entre la virtud y la gloria.

¡O si me fuera dado analizar aquí, para edificaros con su misma grandeza, todos los eminentes caracteres de su carrera social, seguir uno por uno todos sus triunfos en las grandes vicisitudes de la política, para mostraros en el gran principio que gobierna la accion del cristianismo la fuente de la

prosperidad pública, el agente supremo de la civilizacion y el timbre católico del verdadero ciudadano; mas yo debo llamar las glorias del Señor Portugal á la region de los sentimientos mas íntimos de todos los michoacanos, encarecer su preciosa vida en sus relaciones vastísimas con esta Santa Iglesia de Michoacan y toda la Iglesia mejicana, distraeros del ciudadano al Pontífice, para que observéis la gloria de Dios en el todo mas completo; trazaros el cuadro magnífico de sus virtudes apostólicas; y para cefirme á una sola palabra, mostrar las glorias del episcopado en el genio y las virtudes de nuestro último Pontífice, dejando correr por todo este respectable auditorio el perdurable lustre de una institucion sublime que ha domado la barbarie, creado la civilizacion moderna, garantido las leyes, conservado el culto, depurado los principios, vindicado la fe, extendido la esperanza, estrechado los vínculos del amor, desarmado al cielo y santificado la tierra.

SEGUNDA PARTE.

Hai, señores, un estado cuyos caracteres elevan al hombre sobre las primeras cumbres de la tierra, para difundir la luz que purifica y enriquece la inteligencia, y el valor que forma las grandes virtudes, regir la conducta de los pueblos y enderezar al goce pleno de la mas alta ventura la siempre difícil y turbulenta marcha de toda la humanidad: un estado de misterio, por explicarme así, en que se personaliza la sublime alianza entre los cielos y la tierra: un estado que reasume cuanto los otros tienen de expansivo, benéfico y fecundo, y en que un solo ministro, tomando á su cargo la suerte y la

felicidad de todos los hombres, no lleva el nombre de *padre* y de *pastor*, sino porque á él toca por derecho difundir todas las luces, impedir todos los males, producir todos los bienes, enjugar todas las lágrimas, formar todas las virtudes y expedir el diploma decisivo para la eternidad: un estado por último, que afirma el poder, santifica la obediencia, conserva la moral, enseña la verdad, patrocina la virtud, consolida la grandeza y diviniza la gloria; en que el hombre ha llegado á reunir en un solo punto los intereses de Dios, los de sí mismo y los de todo el género humano; y en que no parece morir para el mundo, sino á fin de conquistar la inmortalidad de los cielos.

El hombre llamado á tan sublime estado es depositario de un tesoro inestimable y cuenta con una fuerza y un poder irresistibles. El posee la sabiduría, practica la prudencia, enfrena las pasiones, concierta los atributos de la inteligencia con las cualidades del corazón, se incorpora en la felicidad que él mismo produce, y ante la imagen siempre viva y siempre fuerte de la virtud disipa las tinieblas de los sepuleros y humilla el poder indómito de la muerte. Colocado entre lo pasado y lo futuro, piensa con la razón de los sabios que le han precedido, y mira con la vista de los profetas que maneja sin cesar: abriga en su corazón las lecciones de los varones ilustres, revisa cuanto hai de grande, útil ó pernicioso entre todos los hombres y en todos los países de la tierra: otorga todos los días las primicias de su pensamiento al autor de su ser, y baja de los cielos con su oración continua y fervorosa el espíritu de inteligencia que luego esparce como la lluvia, con las máximas sublimes de la sabiduría sobre el espíritu de los pueblos: toma las alturas para distribuir la doctrina que enriquece su alma, y cifra toda su gloria en meditar y exponer de continuo la lei que no tuvo principio, el gran Testamento del Señor.

Ved con qué caracteres tan sublimes se ostenta en su palabra la sabiduría, y de qué modo tan diverso recoge y distribuye los rayos de la gloria: la celebridad le sorprende en su pacífico retiro, y mientras él deplora sus tinieblas, los hombres admiran su genio, la generación con quien vive recoge su sabiduría como un tesoro inapreciable que lega sin menoscabo á las generaciones que vienen. No temáis que perezca su memoria, porque las naciones pregonarán sus virtudes ilustres y la Iglesia toda celebrará sus alabanzas: no os alarméis al contemplar esa sublime abnegación en que se coloca, ni receléis tampoco que llegue á quedar desierta su tumba; porque “durante su vida, dice el Eclesiástico, tendrá mas nombradía que mil otros, y cuando le llegue su hora entrará sin inquietud en la carrera misteriosa de la eternidad.”¹

Tales son, señores, los datos verdaderos y únicos que el Espíritu Santo me suministra para comprender y estimar la verdadera gloria; y es muy grato para mí haber sorprendido vuestro corazón con un retrato que tiene una imagen en cada uno de los que me escuchan. Yo no he temido hacer esta pintura para daros el antecedente instructivo que debe prepararos á presenciar el cuadro de este modelo que ha quedado en la Santa Iglesia de Michoacan, para la perfección del sacerdocio, sobre el respetable sepulcro de nuestro digno Prelado. Dios ha querido, sin duda, que quedase ahí en pie para su gloria y nuestro ejemplo, y me ha destinado á mí para que sea su intérprete delante de vosotros, explicando lo que quiere de sus ministros con solo referir lo que ha hecho el venerable Pontífice de quien hablo.

Grave, modesto, recogido, obediente, piadoso en suma; tal

¹ Eccli. Cap. XXIX, v. 13.

se me representa este hombre cuando corrieron los bellos dias de su infancia, dando á esta primera época de la vida cuanto concederla podia la virtud y el juicio, y rehusándola con firmeza mui superior á sus años lo que piden entónces los sentidos y los caprichos de la edad, é imperiosamente demandan ya desde léjos las pasiones que se insinuan. Creo verle entre los niños como el pequeño sacerdote de la infancia, rodeado de ciertos respetos y gozando de ciertas consideraciones que acaso no comprendia. Mil bellos pronósticos andaban tal vez delante de sus pasos, y él acaso no daba uno solo sin justificarlos y robustecerlos.

Trasládome al Seminario con mi imaginacion inspirada por su virtud, y le veo allí continuar esta carrera pacífica y digna, realizando con su conducta inalterablemente arreglada la idea inexplicablemente grata de un verdadero *seminarista*, es decir de una piedra escogida para la casa de Dios, colocada incesantemente bajo la mano laboriosa de la gracia, de una semilla católica, preparada y robustecida para que no se acabe nunca, sino ántes bien crezca y se multiplique la verdad y la virtud entre los hombres: de un verdadero *seminarista*, es decir, de uno que se forma en la escuela del Santo Concilio de Trento, y que lleva sobre los emblemas que adornan su vestidura, las esperanzas vivas de la Iglesia y del Estado: de un verdadero *seminarista*, es decir, de un jóven que en el pulimento de su razon y en el cultivo de su voluntad no anda solo bajo la direccion de un ayo, ni se reduce al círculo de una escuela secular por mui numerosa que sea, sino que camina siempre entre la historia y la eternidad, trayendo á á sus espaldas sesenta siglos de tradiciones augustas, de memorias venerables y de glorias diversas, y teniendo al frente la santidad y la bienaventuranza, como objeto y término de su vasta carrera: de un *seminarista*, es decir, de uno que

se incorpora en esa única universidad católica, constituida sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, y levantada sobre la piedra angular de Jesucristo, donde están todas las verdades y todas las virtudes, y á donde no penetran los errores y los vicios sino para huir con la reprobacion y el anatema: de un verdadero *seminarista*, de un candidato del sacerdocio, de un levita en el cuerpo de la familia, de un ministro sagrado bajo la accion del magisterio, de un apóstol en su cuna, de un Pontífice en la escuela de Jesucristo.

Todos aguardaban con impaciencia ver las manos del Pontífice sobre aquella frente limpia: y su advenimiento al sacerdocio no causó la sensacion de la sorpresa, sino el indefinible gozo de un deseo felizmente realizado. Un sacerdote, señores, tiene varios ministerios en la casa de Dios, y el Señor Portugal, que habia de venir con el tiempo á incorporarse en la augusta asamblea de los pontífices, se preparó á esta vocacion de plenitud con el ejercicio constante del sacro presbiterado. No llevaba sobre sus hombros el destino eterno de una feligresía bajo el título de Párroco, y ya se aprestaba irresistiblemente impelido por el espíritu de su vocacion al ejercicio de todos los nobles atributos de estos padres de los pueblos. Amigo de las ciencias y del estudio como el que mas, pudo haber quedado satisfecho con ocho años de incesantes trabajos científicos, sostenidos por el celo de la Iglesia y empleados en formar la juventud de donde habian de salir los sacerdotes. Pero la caridad, siempre fecunda y siempre expansiva, no sabe restringirse; y por esto, cuando acaba de dejar los libros en su habitacion, y las doctrinas en el espíritu de sus discípulos, recoge como en un punto los ahorros de tiempo que en cada dia le proporciona su eficacia, para salir de su colegio á explayar su corazon con los únicos recreos que

tiene un verdadero sacerdote, en el íntimo comercio con Dios y la edificacion constante de sus hermanos. La palabra *no me obliga*, jamas posó sobre sus lábios. Lleno siempre de caridad y de celo, hallaba siempre en su corazon de padre los preceptos que no encontraba en los decretos de la Iglesia. Ya le veis asistente á las piscinas sagradas para lavar con la sangre del cordero los pecados del mundo; ya con Jesucristo en las manos para ministrar la vianda de eterna salud en el rico festin del Esposo; ya en la cátedra del Espíritu Santo para repartir el alimento de la doctrina, tronar contra los vicios, exponer á la veneracion pública los misterios de nuestra redencion, encarecer la felicidad de los justos para darles sucesores en la tierra, hablar en favor de la sociedad y en nombre de la religion á esas respetables asambleas, cuyo sufragio solemne habia de formar al magistrado; ya finalmente, para honrar con la elocuencia fúnebre la memoria de los hombres eminentes: es decir, señores, la predicacion en todos sus aspectos, en todas sus glorias, si queréis.

Fuera de estos ministerios, ¿quién contaria esos otros de que tan inmenso partido saca la familia de Jesucristo? ¿Esos que pasan de la palabra al oido; pero que arrancan muchas víctimas á la desgracia y muchos pechos á la desesperacion? Fué pobre, porque estaba destinado á ser el padre de los pobres. ¡Tan sublime virtud mui raras veces se forma en las casas del opulento! Pero pobre, sintió muchas veces inundado su corazon con el santo gozo de la limosna. Verdadero sabio segun Dios, jamas buscó la medida y el peso material para estimar la virtud; porque su fe siempre viva le enseñaba que una sola gota de agua dada por Jesucristo, valia mas que todos los tesoros de Crespo repartidos por la mano estéril de la filantropía. Y pobre, señores, fué respetado, porque Dios le guardaba para ser el escudo y la egida del sacerdo-

cio en medio de un siglo frívolo. Siempre tenia presente que no llevaban mas de una túnica los vencedores de los Césares; pero bastante ilustrado para erigir un escrúpulo en una regla, comprendió los designios sociales del catolicismo, y veneraba en el Illmo. Cabañas lo que un espíritu ménos grande hubiera censurado. Lamentaba sí, como lamenta todo buen católico, las necesidades que han creado los siglos; pero reconocía y predicaba al mismo tiempo que el sublime carácter nunca habia de encubrirse bajo un brillante medio, sino enseñorearse á la faz del mundo de todas las grandezas, como dice San Gregorio. La decencia estuvo siempre en su porte y en su casa, como la sabiduría brillaba en su entendimiento, y la virtud se albergaba en su corazon.

Con unos antecedentes tan felices fué promovido á la coadjutoría de los pontífices, repartida, como bien lo sabeis, en ese respetable cuerpo de pastores de segundo orden que llevan el nombre de *Párrocos*.

¿Qué no podria deciros, señores, si escribiendo su historia, mas bien que consagrándole este fúnebre homenaje de admiracion y reconocimiento, autorizado por la santa Iglesia, tuviese á mi disposicion el tiempo y el auditorio, para seguirle paso á paso por toda su edificante carrera parroquial? ¡Ah! Yo os haria una pintura fiel de todos sus trabajos y vigili-
as: os manifestaria con trasporte aquel prodigioso incremento de caridad y celo que le atraía tantas bendiciones de todas partes; os haria notar aquella tierna solieitud por su rebaño, que le fijó siempre en su primera parroquia, desechando los ascensos á donde su mérito reconocido le encumbraba: ¹ repasaría con trasporte para la gloria de Dios y edificacion vuestra, la dilatada carrera de quince años pasados al frente de

¹ Véase la nota C al fin.

su pueblo, empleados en el ejercicio de todas las virtudes que la santa Iglesia quiere que brillen en los Párrocos, sin permitirse ni aun aquellos desahogos concedidos por el Santo Concilio para dar algun tiempo al descanso; rehusando salir del seno de su querida grei, aun con licencia de su Prelado, sino desde aquel dia en que la causa pública, llamándole á otro género de negocios en nombre de la religion y de la patria, ensanchaba el círculo de accion en que habia de ejercitar su celo y su sabiduría. Sin hacer otra cosa que referir sencillamente su historia, estoi seguro que dejaria embelesada vuestra vista con el mas bello cuadro, presentándoos la imágen viva del verdadero padre del pueblo en el *Cura de Zapopam*. Pero, señores, breve es el tiempo, inagotable la materia; y con haberos hablado del Illmo. Portugal disponiendo su corazon para el clericalo desde su tierna infancia, formándose para sacerdote desde su juventud como seminarista, ejerciendo el ministerio eclesiástico como simple presbitero, y presentando un perfecto dechado en su carrera parroquial á la imitacion de los que llevan sobre sus hombros por este aspecto la cruz de Jesucristo, apenas he iniciado mi asunto. El grande hombre estaba llamado á la cumbre del sacerdocio, para el ministerio del episcopado. Abriéronse los labios del Senado ilustre de esta Santa Iglesia, corrió la pluma del primer magistrado de la nacion, el *fiat* resonó en los grandes consistorios del Pontífice, y el nombre del Señor Portugal vino á colocarse como en su lugar propio, en las mas gloriosas páginas de la historia de la Iglesia mejicana. Ese nombre estaba reservado en los decretos de Dios para dar la vuelta al mundo, porque la reputacion merecida, la muí crecida fama del Pontífice que acabamos de perder, bien sabéis que no estuvieron aprisionadas entre el Pacífico y el Atlántico. Ese nombre está incor-

porado en nuestra historia contemporánea, que no pudiendo ser el trasunto de la regularidad constante en el órden social, pasará á las venideras generaciones como un cuadro de incessantes y caprichosas vicisitudes para el Estado y de violentos ataques y enconadas persecuciones para la Iglesia. Preparábase, como la experiencia nos lo ha enseñado, una época de gran tribulacion, pruebas terribles y crisis funestas; y Dios, que cuando está para precipitar la nieve, prodiga el vellon sobre la piel de las ovejas para que no vayan á perecer, mandó al infierno que esperase, hasta que el nuevo Pontífice no hubiese tomado posesion de la Iglesia de Michoacan. La Iglesia necesitaba un genio, y este genio fué el Señor Portugal: la contienda religiosa necesitaba un héroe, y este héroe fué el Señor Portugal: el movimiento intelectual de las ciencias necesitaba una luz, y esta luz fué el Señor Portugal: la humanidad afligida por todos los azotes necesitaba un padre, y este padre fué el Señor Portugal: el entónces presente y futuro clero habia menester de un Pontífice, y este Pontífice fué el Señor Portugal: el concierto de la justicia y la misericordia exigia una víctima, y esta víctima fué el Señor Portugal. He aquí, señores, anunciado el resto de mi asunto y justificada la sobriedad con que he procedido al tocar los otros puntos de su carrera. Vengamos pues á los vastos pormenores de este conjunto sublime, consagrando un tributo fúnebre y glorioso al mismo tiempo al último Obispo de Michoacan.

Mas al tocar este punto un torrente de luz inunda mi alma, ideas magníficas circulan por mi mente, sentimientos nobles y generosos hinchén mi corazon: el aspecto lúgubre de la muerte desaparece ante las glorias sublimes del pontificado, y el arcano de la resurreccion se personifica en los recuerdos vivos de tantos pontífices ilustres y de tantos he-

chos famosos. No, señores: las glorias de la religion son infinitas, y en el foco de la caridad vienen á recibir todas las acciones inmortales del sacerdocio aquella unidad sublime que no conoce rival en la tierra. Aquí el todo es como la parte, y la parte como el todo, ó para mejor decir, no hai todo ni parte, sino un ser inmenso é indivisible, el pensamiento y el esplendor eterno de Dios, donde vuelven á incorporarse de lleno todas las luces que resplandecen sobre el mundo. La religion, señores, no reconoce diversidad en los atributos de la gloria: estudiad la comunión de los santos y veréisla resplandecer á la par en los fastos de la misericordia, en las coronas que distribuye la justicia y en los timbres diversos de la celebridad católica. ¡Qué mucho que la elocuencia fúnebre, cuando posa en esta cátedra del Espíritu Santo, sacuda magestuosamente todas las trabas, y se ostente superior al espacio y al tiempo! ¡Qué mucho que á un golpe dado por la reflexion sobre una vida ilustre, se ilumine por sí toda la cadena tradicional, y que al nombre del Illmo. Portugal, empiece á correr á nuestra vista por estos atrios venerables la gloria póstuma de los Quirogas, Calatayud, Tagles, Rochas, Covarrubias, Ramirez de Prado, San Miguel y Morianas! ¡Qué mucho que vengan aquí á retocar su gratitud y su amor con los recuerdos mas sublimes las tribus idólatras convertidas en pueblos católicos á la voz de Quiroga, las costumbres primitivas del cristianismo conservadas como una rica herencia por el espacio de tres siglos en esas comarcas humildes, las artes indígenas perpetuando la sábia y paternal solicitud del primero de nuestros pastores? ¡Dónde podria yo fijar mis ojos que no viese esculpido el nombre de un benefactor? ¡Cuál de esos monumentos perdurables que desafian el poder de los siglos no me recuerda un Obispo? ¡Dónde hallaré una sola de las calamidades públicas en la

historia de las tristes vicisitudes de la humanidad afligida, sin encontrar una *mitra* y un *báculo*? ¡Ah! En esta carrera ilustre de merecimientos y de santidad cada vida las representa todas, cada pensamiento corona y prepara todos los pensamientos, cada virtud narra y profetiza todas las virtudes, cada pontífice, dirélo de una vez, anda entre lo pasado y lo futuro, porque vive para la eternidad, y la eternidad no conoce estas miserables divisiones del tiempo.

Este pensamiento, señores, es grande porque es católico; es sublime, porque es divino; es propio de los hombres eminentes en cuyas nobles almas no tienen cabida ni la desconfianza ni la envidia, y, ¡ó verdad siempre grata para nuestro corazón! fué tambien el pensamiento, fué tambien el carácter del Señor Portugal. ¡Quién de todos los que le hayan tratado no cifraria su gusto en dar de ello un solemne testimonio? Acordaos de su primera pastoral, acordaos de lo que frecuentemente se le oia decir. ¡Y no mas? Acordaos de lo que hizo cuando vistiendo la pompa episcopal, enderezaba sus pasos hácia esta basílica. Tomó en sus manos un báculo de madera; pero un báculo que valia mas que el oro y las piedras preciosas: era el báculo de Don Vasco de Quiroga. La comitiva inmensa recibió una de aquellas sensaciones que la historia caracteriza con el título de grandes: anublóse un tanto la frente del nuevo Aaron; razáronse sus ojos de lágrimas, dejando á cargo de cuatro lustros explicar este rasgo sublime de su vida. Empuñando el báculo el nuevo Pontífice, ataba por sus dos extremidades una cadena de tres siglos, y se inundaba él solo, sin comprenderlo, en el inmenso esplendor del pontificado. Despues acá, bien lo sabéis, todo afirmó aquel hecho, todo justificó aquella gloria.

Admirando en el Illmo. Señor Portugal todas las virtudes apostólicas, para elevarlas á mui alto grado, me confiré á

deciros lo que le fué propio, para que bendigamos á Dios que todo lo dispone constantemente para su gloria. Como el Señor Don Vasco de Quiroga, tenia siempre en su corazon esos monumentos vivos de la antigüedad mejicana, esas familias de Jesucristo conservadas por la Iglesia, esas tribus indígenas que vienen á cada paso á figurar en nuestros discursos populares y en nuestros fastos históricos, como una materia fecunda para los libros y para la elocuencia; pero cuya suerte no parece tener otra garantía que la de sus pastores. Como el Señor Tagle, desenvolvió un celo extraordinario en favor de la juventud estudiosa, dándola, por decirlo así, la parte mas florida de su corazon. Como el Señor Don Frai Antonio de San Miguel cultivó con esmero extraordinario la virtud santa de la humildad.¹ Solia recordar muchas veces con aquel entusiasmo grave que le era tan propio, aquel concierto de discrecion en la conducta episcopal, que dando á las condiciones del episcopado el esplendor consiguiente al carácter social de la Iglesia y al catolicismo del mundo, cultivaba en el silencio de su retiro y de su corazon, como la flor solitaria del desierto, la sublime pobreza de Jesucristo. Mas en este punto, señores, Dios ha querido darnos en la vida de nuestro Pontífice una leccion de sabiduría, que acaso no se ha llegado á comprender. El Illmo. Sr. Obispo penetró dentro de nuestros muros y pasó un tercio de su carrera entre las virtudes eminentes de su corazon y la pompa magnífica del episcopado: á medida que se afirmaba mas y mas en el conocimiento y respeto de la opinion pública, iba quitando, por decirlo así, algunas orlas doradas á la rica vestidura; y cuando mil rudos embates, mil tremendas oleadas tentaron vanamente la firmeza de aquella columna antigua, quedó en

¹ Véase la nota D, al fin.

pié á la faz de toda la nacion con la blancura del mármol y el brillo del capitel. ¡El grande hombre descendió al sepulcro con la sencilla vestidura de la gloria y la corona que Dios habia puesto sobre sus sienes!

Como todos sus predecesores, fué siempre el ángel del consuelo y de la esperanza: sus labios vertian por todas partes la doctrina, sus manos el pan, y su ministerio la sangre de Jesucristo en favor de la inocencia y del arrepentimiento. Sumo sacerdote, como canta la Iglesia, le vimos siempre resplandecer en todos sus atributos sublimes, mostrándose como el escogido de Dios en el dilatado curso de su pontificado, acrisolando su virtud en todas las pruebas, é interponiéndose todos los dias como una víctima de expiacion entre la justicia irritada y los pecados del mundo. *Sacerdos magnus qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundia factus est reconciliatio.*

Considerado principalmente bajo este último carácter, ¿qué no podria deciros, señores? Acordaos de los años eternamente memorables de 1833 y 1847, de aquellos tiempos de tinieblas y de llanto que vinieron á anublar el bello dia sobre las cúpulas de nuestros templos; de esas eras de frenesí, que parecian echar á torrentes el plomo sobre el corazon atribulado de los mejicanos católicos; de aquellos instantes funestos, en que la seduccion del siglo queria tentar hasta á los predestinados, y en que la bandera del cisma, encubriendo su negrura bajo mil bellas apariencias, paseaba tremolando de ciudad en ciudad y de puerto á puerto por toda la República mejicana; de aquel tremendo aunque tosco resúmen del siglo XVIII en los parlamentos y en la prensa del pais; de aquella incesante agitacion en que no se contaba con el siguiente dia ni para la religion ni para la patria, y en que, para servirme aquí de una frase de uno de nuestros sabios, todas las iglesias de Méjico volvian los ojos

á Michoacan, como á Meaux las de Francia en tiempo de Bossuet,¹ ó á Hipona las del mundo en la era de Agustín.

Verdad es, que aun en tiempos pacíficos, terrible carga es el episcopado, pues nunca deja el pastor de hallar la mas amplia materia para su celo en el rudo y continuo ataque de los enemigos de nuestras almas; pero al fin los trabajos parecen suavizarse bajo el inalterable concierto de las dos potestades, sin que el pastor haya menester de luchar á la diestra contra las pasiones, y á la siniestra contra la impiedad. Lo que hai de mas terrible, señores, es el debate de la Iglesia con el Estado; por que estos son los lances en que la moral del pueblo corre todos los peligros. Para estos casos principalmente queria en sus hermanos toda la fortaleza de Dios, el Apóstol de las gentes. No se trata ya de contender, decia, contra la carne y contra la sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los que rigen en las tinieblas el destino de las naciones. *Non est nobis colluctatio adversus carnem et sanguinem; sed adversus principes et potestates, adversus mundi rectores tenebrarum harum.*² La triste historia de nuestros desaciertos políticos, electrizando todos los ánimos con el estrepitoso clamoreo de todas las pasiones, reservaba tambien esta gloria para el digno Pontífice que lloramos.

¿Quién recordará sin la mas viva emocion, sin abandonarse á los trasportes inefables de un entusiasmo sublime, aquella actitud imponente, noble y magestuosa con que se presentaba el Illmo. Señor Portugal cada vez que empezaba á

1 Debo esta bella observacion á mi correspondencia epistolar con el M. R. P. Fr. Manuel de San Juan Crisóstomo, (NÁJERA). No se podia dar una mas feliz aplicacion en Méjico al célebre pensamiento de Maury en el panegírico de San Agustín.

2 Ephes. VI, 12. Véase la Biblia de Sionet en este lugar.

tronar la tempestad política sobre la Iglesia mejicana? El celo por la gloria de Dios se hacia visible en su frente, y la santa resignacion al martirio se albergaba tranquila en su corazon. Todos le vimos llorar cuando los achaques de la naturaleza detenian sus piés y su pluma, siempre habituada á moverse para el provecho espiritual de esta dilatada grei; mas nadie le vió verter una lágrima, cuando con aquella dignidad que le era tan propia, resistia los duros embates de la persecucion anti-elesiástica. Siempre alerta para no ser sorprendido, siempre fuerte para no ser intimidado, siempre animoso para no desfallecer, le vimos admirados luchar con fe y con esperanza, y, todavía mas sorprendidos, hacer temblar con su prudencia la astucia cautelosa con que se le tentaba. Jamas comprometió el reposo público, jamas transigió con las tentativas del poder: prudentes evasivas, contestaciones sóbrias, respuestas oportunas, representaciones enérgicas, protestas decisivas: he aquí los brillantes pormenores de aquella inimitable táctica con que lleno del Espíritu Santo, sostenia siempre los combates del Señor, como le aconsejaba la Escritura Santa: *Praeliare praelia Domini.*

Ya no me admiro, señores, de haber visto consagrada en el respeto de toda la nacion la persona de este ilustre Prelado: no me sorprende que su solo nombre haya valido un ejército poderoso á la Iglesia de Méjico, ni me maravilla por último, que esta carrera no interrumpida de triunfos haya levantado su firma hasta el grado de un poder social. Sí, señores: esta firma era decisiva, porque llevaba la representacion tácita de todas las luces, de todos los respetos y de todas las virtudes. La historia contará un dia cómo se desentonó la elocuencia parlamentaria para proscribirle; pero no ocultara nunca cómo el anatema de la opinion pública selló los labios del acusador, hizo caer la pluma de los dedos

del magnate, y sin ofender en manera alguna los derechos del César, se opuso entre los templos y los palacios para que no fueran sacrílegamente conculcados los derechos del Dios vivo: que el problema social fué completamente resuelto en favor de la Iglesia, y el nombre de nuestro Pontífice pasó el Atlántico y volvió á Méjico cargado con todos los honores que podía merecer al padre comun de la Iglesia universal, una de las mas insignes reputaciones del mundo. El gran Pio IX, este Pontífice que por un concurso extraordinario de circunstancias, únicas tal vez en los fastos de la historia moderna, llegó á reunir en su persona sagrada con las bendiciones del cielo todas las glorias que puede ofrecer la tierra, ratificó la conducta de nuestro Prelado durante la época referida, de una manera tan delicada y tan sublime, que hubiera llenado de honor, no lo dudéis, á la Aguila de Meaux y al cisne de Cambrai. ¹ Preciso era que tal aconteciese, pues todavía recordamos haberle oido decir, que se cubria de vergüenza cuando leia la vida de esos grandes pontífices, y cuando nadie ignora que Dios resiste á los soberbios y cifra su complacencia toda en exaltar á los humildes hasta la altura de los cielos.

Y qué, ¿tendré que reducirme á esto solo, cuando se trata de referir las glorias con que Dios quiso ilustrar el nombre de nuestro último Prelado? Voi á publicar desde esta cátedra para la gloria de Dios, honor y prez eterno de nuestra santa Iglesia Michoacana, lo que no saben todos y todos deben saber. El Señor Portugal estaba predestinado en el pecho de Pio IX para ser el primer Cardenal de las Américas españolas, y no sé si diga tambien del Nuevo-Mundo. ²

¹ Véase la nota E, al fin.

² Véase la nota A, al fin.

¡Qué perspectiva, señores, de felicidad y de gloria para esta santa Iglesia de Michoacan! Tres siglos han pasado desde que Méjico es católica, desde que el Nuevo-Mundo todo se ha incorporado en el reino de Jesucristo; y durante estos tres siglos. ¡qué de triunfos para la religion! ¡qué de glorias para la Iglesia! ¡Cuántos sabios de primer orden! ¡Cuántos obispos que hubieran honrado con su presencia la primera corte del mundo! ¡Cuántos nombres consagrados en el culto de las letras, legados á la historia del espíritu humano por el esplendor siempre vivo del genio, de la sabiduría y de la virtud! Las Casas, Zumárragas, Quirogas, Granados, Palafores, San Fermin, Alcaldes, Cabañas, Portillos, Maneiros, Alegres, Abades, vosotros pertenecéis á esta noble y digna categoría que ha fijado las miradas de Roma sobre los Belarminos, Baronios, Cisneros, La Lucerne, Gerdiles y tantos otros: mas vosotros pasásteis de la gloria de las virtudes y de las letras á la gloria inmortal de la religion, sin haber oido sonar aun la hora en que la púrpura sagrada pasara el Atlántico, para venir á honrar las naciones del Nuevo-Mundo. ¡Qué sensación, señores, aquella que nos advirtió del gozo, de la sorpresa, de la admiracion que experimentaron nuestras almas desde el instante mismo en que recibimos al oido por la via reservada esta grave noticia! ¡Qué agitacion la nuestra en la impaciente expectativa de su confirmacion! ¡qué de pensamientos bellos, y cuántas conjeturas! ¡Las ideas de la religion venian á confirmarnos á cada paso mas y mas en esta grata esperanza, y la imaginacion que siempre se anticipa, la imaginacion que ni teme ni calcula, la imaginacion que sueña en la realidad miéntras forma sus bellas ilusiones, pareció adunarse con la sensibilidad para no vacilar ni un instante. Nosotros ibamos á ser eminentemente honrados en la sublime condecoracion de nuestro Pontífice, y Michoacan

entraba ya en posesion de este primado de honor en la existencia de un Cardenal mejicano.

¡O santa Iglesia de Michoacan! ¡A tí estaba reservada tan insigne gloria! ¡Tú habias de llevar á la faz del orbe este bello timbre en la historia de la grandeza de nuestros Pontífices! A la hora presente la púrpura romana debia recorrer magestuosamente tus átrios augustos, y el venerable nombre de tu esposo poseer el derecho de entrar en la urna sublime donde se revuelven con los votos del cónclave los destinos de todo el mundo católico! ¡A tí se hubieran convertido en estos dias las miradas atónitas de esta ilustre nacion, al verte consagrar en tu reconocimiento la munificencia incomparable del ínclito Pio IX! ¡Hoi tal vez magníficos preparativos ocuparian á todos tus hijos, para celebrar dignamente un suceso tan glorioso; y sus pensamientos cada vez mas fecundos, y sus deseos nunca satisfechos, y su imaginacion siempre encantada, qué sé yo hasta dónde hubiera hecho correr en su prevision por el indefinido sendero del porvenir esta imagen seductora de felicidad en la gloria de tan esclarecido Pontífice! Arcos de triunfo se habrian erigido por todas partes, y la magnificencia del regocijo público se hubiera excedido en tan bello dia, para saludar al *Eminentísimo Señor Portugal* entre mil festivas aclamaciones, en medio de los trasportes mas vivos del entusiasmo inspirado por la gloria, con toda la pompa de las bellas artes, con todas las gracias de la naturaleza, con los encumbrados acentos de la elocuencia y los encantos indefinibles de la poesia. Hoi tal vez.... en estos mismos instantes.... en medio de esta misma concurrencia..... dentro de estos muros sagrados.....

¡A dónde voi, señores! ¡Quién explicará estos misterios de la imaginacion? Yo hablaba de regocijos públicos, y me hallo en el santuario de la muerte: me embelesaba con pri-

mosos cuadros, y tengo á mi vista una pira: perseguia inquieto un brillante cúmulo de ilusiones al través del porvenir, y me encuentro frente á frente de la eternidad: el entusiasmo me enagenaba, y sorprendo en mi alma el dolor.... ¡O muerte, fidelísima para Dios, é importuna siempre para los hombres! Llamaste á la puerta de ese palacio, y arrebataste cruelmente de en medio de nosotros y nuestras esperanzas al hombre que las alimentaba con la imagen bellísima de la gloria. Tú tenias levantado el brazo, miéntras nuestro pensamiento corria con afán: pronunciaste el tremendo *hasta aquí*; y desde las torres de nuestros templos el eco imponente de tu voz inflexible vino á helar la sangre en nuestras venas, y á echar una pesadumbre inmensa sobre nuestro corazon atribulado!.... ¡Ah, señores! Es preciso desengañarse, fuerza es no seducirse: todo lo que el tiempo mide y la muerte destruye, cuanto no sea capaz de atravesar la tumba, reinar en los cielos y vivir en la eternidad, debe salir al instante de nuestro corazon. Si el hombre merece la pena eterna por sus pecados, no sé deciros qué merecerá por adherirse con tan loco frenesí á las cosas de este mundo, por colocarse al lado de las ilusiones contra el poder terrible de la realidad, por alzarse rebelde contra tantos y tantos desengaños de la vida, para perseguir sin obstáculos esa deidad encantada, ese símbolo de todas las falsías, esa felicidad impostora que fascinando la vista y embriagando el corazon, arrastra las generaciones al abismo por desfiladeros de sepulcros!

¡Dichosa tú, alma escogida y predilecta, que cerraste las puertas del corazon á las avenidas tristes de las pasiones durante la aurora primera de tu vida; que te horrorizaste del vicio ántes de sentir sus funestos estragos; que te apasionaste de la verdad santa, cuando la voz de una filosofia corruptora no habia venido aun á tentar tu reposado genio é

incomparable juicio! ¡Dichoso tú, Pontífice grande, que profundamente penetrado del carácter de la sabiduría levantaste dos tabernáculos en tu espíritu, para que nunca saliesen de allí en pos de una morada mas digna el temor y el amor, consagrados en las primeras de todas las leyes por la palabra de aquel Ser incomprendible por quien es cuanto existe, y el único á quien toca por derecho el honor, la grandeza y la gloria! ¡Dichoso tú, modelo de los sabios, que recogiendo en tu alma todas las glorias, recorriendo en tu vasta carrera todos los teatros, haciendo admirar el poder de tu dialéctica en las nobles contiendas de la tribuna, tu dominio en las ciencias al frente de la juventud estudiosa, tu elocuencia triunfadora en las grandes crisis de la patria, y no queriendo jamas transigir con las insinuaciones brillantes de la celebridad del siglo, las despediste siempre de los umbrales de tu hogar pacífico, al volver de los afanes no interrumpidos de tu vida social! ¡Dichoso tú, que siempre adicto á las lecciones del sabio, simpatizabas con el dolor y la miseria, y huiste siempre de la opulencia y el fausto: jamas te presentaste á los festines del regocijo; pero no rehusaste nunca tu presencia á los asilos del dolor! ¡Ah! Tú eras el único que ignoraba la grandeza futura que venia á oprimir tu inalterable modestia, y grande beneficio fué para tu alma el cultivar hasta sus últimos términos aquella virtud sublime que encadenó la naturaleza bajo el yugo de todas las penas y bajo el poder indómito de los mas terribles dolores! ¡Dichoso tú, que habiendo descendido á la tumba sin tener motivo para volver tus miradas á la vida, pues cuanto poseias podia pasar contigo, hiciste la travesía misteriosa á la benéfica luz de la misericordia divina, en medio de tus ángeles custodios y de tus virtudes eminentes!

¡Gran Dios, que proscribiendo del alma los temerarios juicios, levantando los sentimientos de misericordia y de bondad al rango de las primeras virtudes, y preparando insignes recompensas para los que aman á sus padres y á su prójimo, no condenáis nunca, sino favorecéis mas bien estas conjeturas felices con que apoyamos nuestros juicios sobre la bienaventuranza de aquellos que han vivido conforme á vuestra lei, ratificad lo que he dicho, llevando al sagrado de vuestros tabernáculos divinos el alma de este Pontífice que vivió siempre de la fe, predicó vuestra palabra y promovió vuestra gloria! Dad, Señor, á esta Santa Iglesia un esplendor mas verdadero, mas lucido y permanente que el que sobre ella podian derramar un Capelo y aun una Tiara. Dadnos, Señor, la ratificacion sublime que decide para siempre de la suerte feliz de los que han salido de la vida: dadnos á todos nuestro fin último: á nosotros tu amor constante mientras respiremos; y al amado Pastor que acabamos de perder el eterno descanso, reservado solo para esas almas escogidas que te han de ver y gozar por los siglos de los siglos.





NOTA A, PÁGG. 79 Y 110.

Desde principios del año pasado manifestó el Señor Pío IX al Supremo Gobierno de la nación, que se hallaba dispuesto á conceder el Capelo de Cardenal á uno de los señores Obispos de Méjico. El Supremo Gobierno designó al Señor Portugal, lo cual recibió mui bien el Sumo Pontífice, aplazando su preconización para el Consistorio de Setiembre. He aquí los documentos que hemos podido reunir sobre este punto; pues aunque hai otros que pudieran publicarse, como una carta del Sr. Valdívieso al Sr. D. Felix Malo, no los tenemos á la mano, ni los creemos necesarios, pues bastan los dos que trascribimos á continuación por tener para el caso toda la autoridad que pudiera apetecerse.

“Estuvimos próximos á ver condecorado con la dignidad de Cardenal al Obispo de Michoacan, el Sr. Portugal; mas la muerte le arrebató, y hoi se pretende por nosotros que se conceda esa dignidad al Arzobispo de Méjico, y si no es posible, al Obispo que designe el Pontífice.” (*Discurso pronunciado por el presidente de la República mejicana en la apertura de las sesiones del congreso de 1851, pág. 22.*)

ILLUSTRISIME ET REVERENDISIME DOMINE.

Nihil mihi gratius contingere poterat, Illustrissime et Reverendissime Domine, quam ut Sanctissimi Domini Nostri jussu has tibi scriberem litteras, quibus nuncium ad te defero, ipsum Summum Pontificem, cui apprime nota sunt egregia tua in Catholicam Ecclesiam merita, statuísse Te in amplissimum S. Romanæ Ecclesiæ Cardinalium Collegium cooptare. Dum autem de hac tam eximia, ac singulari sanctitatis suæ voluntate certior te facere vehementer gaudeo, amplitudini tuæ significo ejusmodi Tuam ad cardinalatus erectionem paucis post mensibus esse futuram, ut interim ea comparare possis quæ ad tantam dignitatem sustinendam requiruntur. Jam vero, cum Summi Pontificis mandatis non mediocri certe jucunditate satisfecerim, Tibi jam nunc, Illustrissime et Reverendissime Domine, de hoc insigni honore ex animo summo opere gratulor, atque hanc etiam occasionem avidissime amplector, ut præcipuos obsequentis mei in Te animi sensus profitear a Deo Optimo Maximo enixe exposcens ut fausta quæque, et salutaria amplitudini Tuæ semper tribuere velit.

*Dominationis Tuæ Illmæ., et Reverendissime Domine.
Romæ die undecima Maii 1850.*

*Addictissimus famulus,
J. Cardinal Antonelli.*

*Illmo. et Rmo. Domine Joannes Gomez
Portugal, Episcopus Mechoacanensis.*

ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO SEÑOR.

Nada podía serme mas grato, Illmo. y Rmo. Sr., que escribiros esta carta por mandato de Nuestro Santísimo Padre, y en ella participaros, que el mismo Sumo Pontífice, á quien son mui conocidos vuestros reelevantes méritos para con la Iglesia católica, determinó asociaros al ilustrísimo colegio de Cardenales de la santa Iglesia Romana. Y al disfrutar la singular satisfaccion de comunicaros tan especial distincion, hago saber á Vuestra Eminencia, que vuestra elevacion al Cardenalato se verificará dentro de pocos meses, para que entretanto podáis preparar lo necesario para sostener con lustre tan alta dignidad. A la vez que cumplo con grande placer los mandatos del Sumo Pontífice, os felicito mui sinceramente, Illmo. y Rmo. Sr., por un honor tan esclarecido, y aprovecho gustosísimo esta oca-

sion para protestaros los peculiares sentimientos de mi afecto hácia vos; rogando con encarecimiento al Dios Omnipotente conceda siempre á Vuestra Eminencia toda prosperidad y salud.

Ilustrísimo y Reverendísimo Señor.
En Roma á 11 de Mayo de 1850.

Vuestro mui adicto servidor,
J. Card. Antonelli.

Illmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Juan Cayetano
Gómez de Portugal, Obispo de Michoacan.

NOTA B, PÁG. 83.

En las honras que hizo la Universidad el año de 16 á la buena memoria de su difunto Cancelario y primer Rector el Sr. D. José María Gómez, Obispo nombrado para Michoacan, habiéndose encargado los colegios de las oraciones fúnebres, el Señor Portugal pronunció una en desempeño del Seminario, y por nombramiento que de él hizo el Exmo. é Illmo. Prelado. Este discurso oratorio le mereció que el mui ilustre Claustro acordara inmediatamente y por aclamacion, el que sin erogar ninguno de los gastos de estatuto, que ascendian en la facultad de teología á 1.500 pesos, pudiese recibir el bonete de doctor. (*Relacion de méritos del presbítero Juan Cayetano Portugal. Méjico 1830.*)

NOTA C, PÁG. 101.

En el mismo año despues de examinado y aprobado, y presentado por el patrono, fué promovido de las cátedras del Seminario á la parroquia de Zapopam.

En 1819 despues de examinado y aprobado, fué presentado por el patrono para el curato de primera clase del Real de los Catores, que no aceptó por temor de aquel clima excesivamente frio.

Quince años ha que es cura de Zapopam: su residencia en el lugar de su beneficio ha sido continua, sin interrumpirse jamas, ni con licencia de su Obispo, hasta que fué ocupado en servicio de la causa pública: siempre ha administrado con desinterés las funciones parroquiales: á la par con sus ministros ha trabajado constantemente en la tarea mas penosa de la cura de almas: con perseverancia ha explicado la moral cristiana y predicado el Evangelio todos los domingos del año: por último, nunca ha habido contra él queja alguna de parte de ninguno de sus feligreses, ni reconvencion la mas pequeña de parte de las autoridades eclesiásticas ó de las civiles. (*Relacion citada*).

NOTA D, PÁG. 106.

El Seminario de Michoacan ha fijado siempre sin duda la tierna solicitud de los señores Obispos, como uno de los primeros objetos cometidos á su cuidado pastoral; pero en su historia descuellan generalmente dos insignes Prelados, cuyos nombres deben citarse de un modo singularmente honorífico en esa escuela de saber y de virtudes que ha dado tanta gloria á la Santa Iglesia mejicana. Estos nombres son el del Illmo. Sr. Dr. D. Pedro Anselmo Sanchez de Tagle, de gloriosa y respetable memoria, fundador de nuestro Colegio Seminario, y el Illmo. Sr. Portugal, que, dándole un incremento de primer orden con toda clase de proteccion, lo elevó al rango que hoy tiene. A él pertenece toda la historia del establecimiento referido desde el año de 1831 hasta el de 1850. No hago una mencion particular de todo lo conducente, por haber dado ya al público un opúsculo histórico que puede consultarse, y corre bajo el título de "*Memoria instructiva sobre el origen, progresos y estado actual de la enseñanza y educacion secundaria en el Seminario tridentino de Morelia.*"

NOTA E, PÁG. 110.

Aludo aquí á un documento de honor y aprobacion, que el Señor Pio IX expidió *motu proprio*, con motivo de la Protesta que hizo el Señor Portugal contra la célebre lei de 11 de Enero de 1847, y es á la letra como sigue:

PIUS PP. IX.

Venerabilis Frater: Salutem et apostolicam benedictionem. Nullis quidem verbis exprimere possumus, Venerabilis Frater, quæ quantaque fuerit animi nostri lætitia ubi ex publicis mexicanis ephemeridis hispana lingua exaratis, ac die 29 mensis Januarii hoc anno in vulgus editis, atque inscriptis—EL MONITOR REPUBLICANO,—egregiam tuam expostulationem catholico Antistite plane dignam cognovimus, qua contra decretum ab isto Gubernio de bonis ecclesiasticis a civili potestate occupandis die 11 ejusdem mensis editum tuam episcopalem vocem strenue extollere ac reclamare non dubitasti. In illa enim expostulatione mirifice elucet eximia tua pietas et pastoralis sollicitudo atque constantia, qua humanis rationibus penitus abjectis, et gravibus quibusque despectis periculis, sanctissimæ nostræ religionis doctrina, et sacrorum canonum sanctionibus inherens, Dei et Ecclesie causam impavide, sapienterque defendis, ac simul eorum insidias delegis, fallacias refellis, qui ignorare simulant, quidquid Deo semel consecratum fuerit, sanctum semper Domino esse, atque ad sacre potestatis jus pertinere, et a nemine citra gravissimum crimen invadi et auferri unquam posse. Itaque has litteras ad Te damus, Venerabilis Frater, quibus de ejusmodi tua episcopali agendi ratione Tibi vehementer gratulamur, et præclaram religiosissimæ tuæ mentis firmitatem meritis in Domino laudibus prosequimur, Tibique addimus animos, ut divino auxilio fretus in sancto proposito persistas, ac pari fortitudine, et prudentia Ecclesie jura tegere, ac tueri pergas. Atque etiam istius Cath-

dralis templi Canonicos summopere commendamus, qui in hac re, tuum exemplum sequi tuisque vestigiis insistere gavisus sunt, illosque hortamur ut a proprio officio nunquam deflectant, sed alacriori usque studio una Tecum gloriantur praelari praelia Domini. Nos certe pro Apostolici nostri muneris debito haud omittemus, prout Nobis a Domino datum fuerit, opportuna inire consilia, ut sacrosancta Ecclesia jura sarta tecta habeantur. Interim vero divitem in misericordia Deum humiliter obsecramus, ut de Sion, Te tueri velit, atque uberrima sua bonitatis dona super Te semper propitius effundat, quae in dilectis quoque oves tuae vigilantiae commissas copiose descendat. Cujus superni praesidii auspiciis, et studiosissima Nostra in Te voluntatis testem, apostolicam benedictionem ex intimo corde depromptam Tibi ipsi, Venerabilis Frater, et commemoratis Canonicis, atque omnibus, quibus praees, Clericis, Laicisque Fidelibus peramanter imperetur.

Datum Roma apud S. Mariam Majorem, die 20 Julii anno 1847.

Pontificatus Nostri Anno secundo.

PIUS PP. IX.

(En el sobre)

Venerabili Fratri

Joanni Cayetano Episcopo michoacano
in Indiis Occidentalibus.

PIO PAPA IX.

Venerable Hermano: salud y bendicion apostolica. No encontramos a la verdad palabras con que manifestarte, Venerable Hermano, cual y cuan grande haya sido la alegria de nuestra alma cuando en uno de los diarios que se publican en Méjico en idioma español, y que lleva el título de *el Monitor Republicano*, correspondiente al 29 de Enero, hemos visto, tu insigne Protesta, digna bajo todos aspectos de un prelado católico, en la cual no yacilaste levantar enérgicamente tu voz episcopal para reclamar contra el decreto de ese gobierno de 11 del mismo mes sobre la ocupacion de bienes eclesiásticos por la potestad civil. Porque en esa Protesta resplandee maravillosamente tu piedad singular, tu celo pastoral y firmeza, con la que, haciendo a un lado los respetos humanos, y despreciando toda clase de peligros por graves que sean, y perpetuamente adherido a la Doctrina de nuestra sacrosanta religion y a los preceptos de los sagrados cánones, defiendes con tanta sabiduria como intrepidez la causa de Dios y de la Iglesia, al paso que descubres las asechanzas, repeles los engaños de los que fingen ignorar, que lo que una vez ha sido consagrado a Dios, es y queda por siempre santo para el Señor y pertenece al derecho de la potestad sagrada, derecho que nadie puede invadir ni quitar nunca sin cometer un gravísimo erimen. Por tanto, te enviamos esta carta, Venerable Hermano, en la que te felicitamos vehementemente por este manejo tan digno en la conducta episcopal, y alabamos en el Señor

la esclarecida firmeza de tu alma piadosísima y te infundimos mas valor para que, confiado en el divino auxilio, permanezcas firme en tu santo propósito, y con igual fortaleza que prudencia continúes custodiando y defendiendo los derechos de la Iglesia. Y a los Canónigos de esa Santa Iglesia Catedral, que se han complacido en imitar tu ejemplo y en seguir tus huellas en esta materia, encargamos encarecidamente y exhortamos a que jamas se aparten de su deber; ántes por el contrario, con una decidida constancia se glorien de pelear juntamente contigo en los combates del Señor. En cuanto a Nos, nunca omitiremos, por el deber de nuestra mision apostolica, cuanto nos conceda el Señor, tomar las providencias oportunas a fin de que se conserven ilesos los derechos de la Iglesia. Entretanto, suplicamos humildemente al Señor, que es rico en misericordia, se digne ampararte desde Sion, y derramar siempre benigno sobre tí los abundantes dones de su bondad, los cuales descieran tambien copiosamente sobre las escogidas ovejas encomendadas a tu vigilancia. Como prenda de este auxilio divino, y en testimonio de nuestro decidido afecto hacia tí, impartimos mui afectuosamente y sacada de lo íntimo del corazon nuestra bendicion apostolica a tí, Venerable Hermano, a los Canónigos mencionados, al clero y a todos los fieles a quienes gobiernas.

Dado en Roma en Santa Maria la Mayor, á 20 de Julio de 1847.

Año segundo de nuestro Pontificado.

PIO, PAPA IX.

(En el sobre)

Al Venerable Hermano

Juan Cayetano, Obispo de Michoacan,
en las Indias Occidentales.





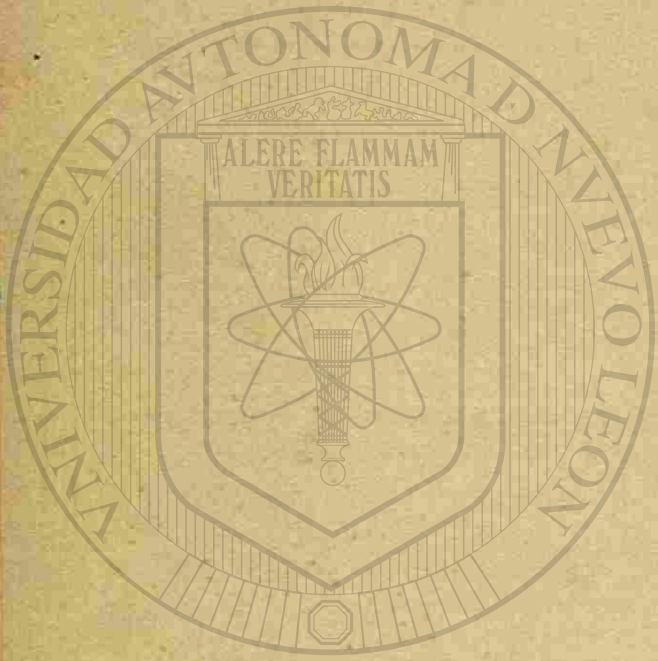
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

consagrado a Dios, es y queda por siempre santo para el Señor y pertenece al derecho de la potestad sagrada, derecho que nadie puede invadir ni quitar nunca sin cometer un gravísimo crimen. Por tanto, te enviamos esta carta, Venerable Hermano, en la que te felicitamos vehementemente por este manejo tan digno en la conducta episcopal, y alabamos en el Señor





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPILLA ALFONSINA

U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta
antes de la última fecha abajo indi-
cada.

2
06

